

CAPÍTULO XIV

En Zarauz

I

DEJEMOS á nuestros amigos seguir la suerte de la guerra trasladándose con Mina y D. Julián Sánchez al bloqueo de Zaragoza, Jaca y Monzón, y veamos lo que había sido del bravo Miranda á su llegada á Nanclares precisamente cuando comenzaba la batalla de Vitoria.

Incorporado al momento á la división Morillo había tomado el mando al quedar herido aquel bizarro general y había continuado atacando tenazmente la posición en que se habían hecho fuertes los franceses, acometiendo sin cejar y dando tiempo á que llegara de refuerzo la división Hill. Él fué también quien indicó á Hill el paso del desfiladero entre las alturas y el río, flanqueando de este modo las primeras y apoderándose, con asombro y terror del enemigo, del pueblo de Subijana de Álava. Finalmente, en el ataque del cerro circular que formaba el centro francés viósele siempre al frente de los regimientos, dirigiendo con gran pericia la colocación de dos brigadas de artillería inglesas que se encargaron de batir aquel formidable atrinchero.

Terminada la batalla y entradas en Vitoria las tropas vencedoras, alojáronse juntamente en una misma casa, como solían hacerlo siempre, Miranda, Espinosa, Méndez y Fraser.

Los cuatro amigos diéronse un estrecho abrazo al

verse de nuevo, felicitando los dos últimos al primero por el justo galardón con que el czar había recompensado sus servicios, reconociéndole luego el empleo la Regencia española.

—Soy, sin embargo, el mismo de siempre,—contestó Miranda;—he nacido para obrar con entera independencia y no sé si podré avenirme á la sujeción de la disciplina militar; de todas maneras, y mientras haya guerra, seguiré luciendo los entorchados, pero no creo continuar una vez estemos en paz, que no creo haya de tardar, según mis noticias. Pero hablando ahora de otra cosa, ¿visteis al conde de España cuando os incorporasteis á Wellington en Salamanca?

—Sí, por cierto. Allí le dejamos entonces encargado de guarnecer Ciudad Rodrigo, Alba y la capital; ya sabrás que ahora está en Pamplona. Es hombre que nunca me ha gustado el tal francés; pero ¿por qué me lo preguntas?

—Es que tengo muy recomendado se vigile á un oficial de su estado mayor.

—¿Manuel Pérez Silva?—contestó Espinosa.

—El mismo. ¿Sabías tú ya algo?

—Nada más sino que abre los pliegos dirigidos á su general; hay, sin embargo, quien está á la mira de todo lo que hace, cuya comisión se encargó á uno de los lanceros de D. Julián Sánchez, y con

mayor motivo, ahora que D. Julián se ha reunido á los sitiadores de Pamplona.

—Mis noticias son únicamente que conviene apartar á ese hombre del teatro de las operaciones. ¿Tendremos otro Dupuy?

—¡Quia! No creo pase de ser un Aráztegui.

—¿Pero ese joven encargado de su vigilancia, es capaz de penetrar en el secreto de lo que trame el tal Pérez?

—De sobras,—repuso Espinosa.—Es el bachiller en teología, Luis Martínez, muy enamorado de cierta charra hacia la cual ese oficial manifestó ciertas inclinaciones.

—En este caso, nada he de añadir. Si se figuró que pretendía ser su rival, no es posible mejor elección. Dejemos ya eso, pues, y hablemos del resultado de esta batalla de hoy.

Pero no tuvieron tiempo para ello, pues aparecieron multitud de ayudantes en busca de los cuatro para que se pusieran al frente de sus respectivas fuerzas al objeto de continuar la persecución, según de ello y demás que sucedió dimos cuenta ya en otro capítulo.

II

El día 12 de aquel mismo mes de julio tomaba posesión Soult del cargo de lugarteniente general de Napoleón en España. Sus primeras medidas fueron refundir todos los ejércitos arrojados de la península en uno solo, fuerte de 70,000 hombres, repartido en tres trozos á las órdenes de Reille, Drouet d'Erlón y Clausel, y dar esta proclama, fechada en su cuartel general de San Juan de Pie de Puerto. Decía así el vano y jactancioso mariscalote: «*Culpa es de otros* (¡qué manera de *echarles el muerto á los compañeros!*) el estado actual del ejército: sea gloria nuestra el mejorarle.—He dado parte al emperador de vuestro valor y de vuestro celo.—Son sus órdenes echar al enemigo de esas cumbres (*¡Ya te lo dirán de misas!*) desde donde atalaya nuestros fértiles valles y forzarles á repasar el Ebro.—Plantaremos en breve nuestras tiendas en tierra española y de ella sacaremos los recursos que nos sean necesarios (*That was the questin*).—Fechemos en Vitoria nuestros primeros triunfos y celebremos allí el día del cumpleaños del emperador.»

Las primeras proezas que se proponía llevar á cabo el señor duque de Dalmacia eran hacer levan-

tar el bloqueo de Pamplona y el sitio de San Sebastián, gobernada esta plaza por el bizarro y acreditado general Rey, que tenía á sus órdenes 4,000 franceses escogidos. El asedio de la capital donostiarra estaba á cargo de Graham, así como el bloqueo de Pamplona al de D. Enrique O'Donnell, Carlos de España y Mina, y habían comenzado ambos á principios de julio.

III

Iba á ponerse á prueba la pericia militar de Wellington.

Tratábase de contrarrestar los esfuerzos de Soult, guerrero hábil cuando quería, y entonces era ocasión de tener que serlo.

Soult había dejado entrever que atacaría á los sitiadores de San Sebastián y de Pamplona, pero cuidando de no dar á entender por cuál de los dos empezaría.

De este modo obligaba á Wellington á que debiese atender á dos puntos á la vez, separados por una distancia de diez y seis leguas.

Wellington se encontraba así en el caso de tener que cubrir muchos pasos, por el peligro que había en dejar indefenso ningún paraje. Para ello necesitaba fraccionar mucho las fuerzas de su mando, y esto traía consigo el peligro de que fuese arrollado cualquiera de los trozos por el fuerte ejército de Soult.

Los dos ejércitos se miraban atentamente, acampando en las cumbres, uno frente á otro, de tal manera que las avanzadas sólo se encontraban separadas por una distancia de 150 varas.

Podían ver los bonapartistas cómo los ingleses se mostraban fríos y taciturnos, revelando, empero, en sus semblantes la altanería de quienes estaban amenazando hollar de un momento á otro el patrio suelo de sus aborrecidos rivales, y los ingleses, por su parte, miraban á los franceses joviales y risueños por encontrarse en sus patrios lares.

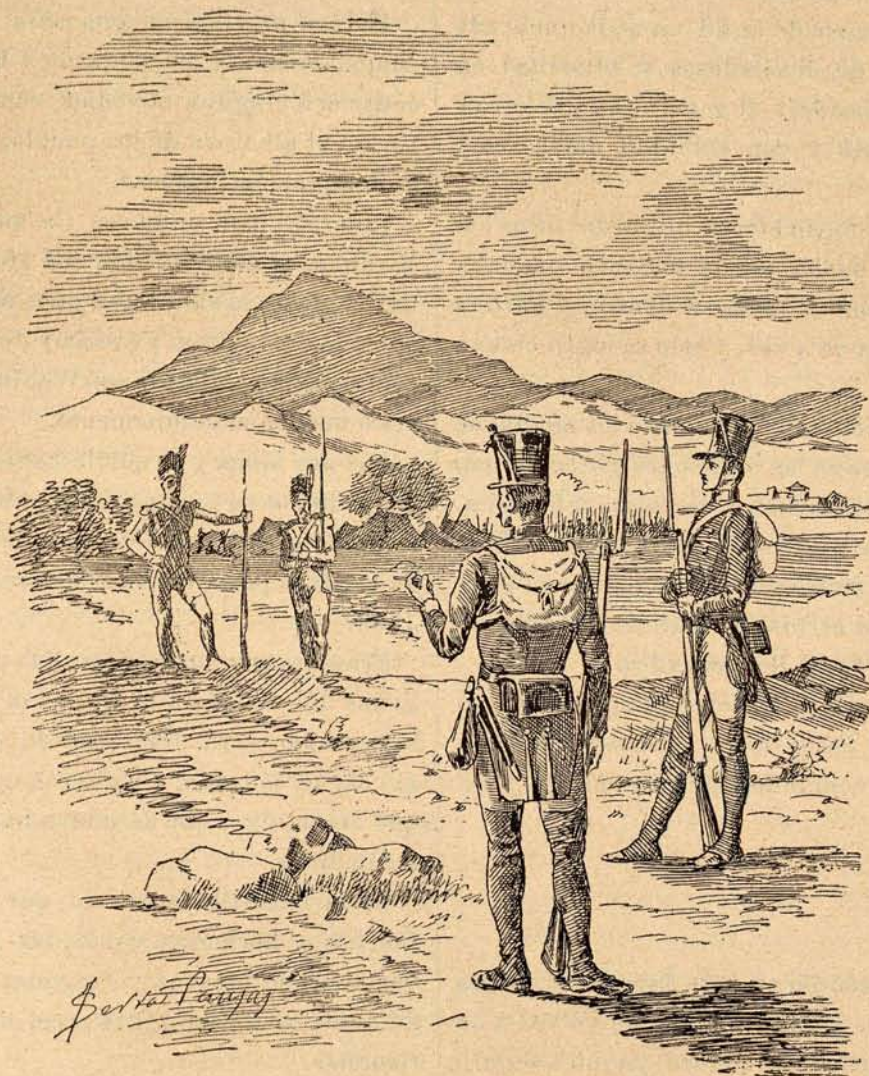
Aquellos ingleses que Napoleón había querido arrojar al mar se encontraban ahora en las cimas de los montes que separan España y Francia. Las casacas encarnadas aparecían á la vista de los pueblos franceses.

Las posiciones de los aliados eran éstas: Morillo en Roncesvalles; en Viscarret, Cole; en Olague, Pic-

ton; Hill, en el valle del Baztán; los portugueses del conde de Amarante, en los Alduides; más ingleses en Vera, el puerto de Echola y Santisteban, y finalmente el cuarto ejército español, mandado ahora por Freire, á orillas del Bidasoa, sirviendo para

mantener las comunicaciones con los ingleses la división Longa.

Como se ve, los aliados se extendían por toda la frontera occidental ocupando los mejores puntos estratégicos.



... acampano en las cumbres, uno frente á otro...

IV

El 25 de julio comenzaron las operaciones.

Soult en persona mandaba las fuerzas, que atacaron por Roncesvalles, por donde logró meterse á pesar de la bizarrísima defensa hecha por el regimiento de León, luego que hubieron cejado Cole y Wing. Aquel valiente cuerpo se sostuvo contra 35,000 hombres en la fábrica de municiones de Orbaiceta hasta que quedaron consumidos todos los cartuchos. Drouet d'Erlón consiguió por su parte introducirse

por el valle del Baztán, burlando la vigilancia de los portugueses, lo cual motivó que los aliados se replegaran al objeto de poner á Pamplona á cubierto de cualquier golpe de mano.

Durante una semana fué un continuo pelear entre franceses y aliados; nada más interesante para un militar que el estudio de las sabias combinaciones de Wellington y Soult en aquellas jornadas que algunos han llamado la batalla de los Pirineos. «Fueron por ambos lados,—dice Toreno,—muy acertadas y bien entendidas las marchas y movimientos, ya perpendiculares, ya en dirección paralela, que cada cual

imaginó ó se vió obligado á practicar, graduándose ésta de parte muy importante y difícil en el arte de la guerra, si bien adecuada para que el hombre de profundo ingenio desdoble sus facultades empleadas á la vez en percibir muchos objetos y en abrazar un número grande de combinaciones; sobre todo, siendo como aquí el campo de la lid un país quebrado y montuoso, lleno de desfiladeros y revueltas en donde no es muy hacedero al general en jefe obrar desembarazadamente y con voluntad exclusiva y pronta.»

El tablero era digno, en efecto, de las dos altas capacidades que allí luchaban; la cuestión quedaba reducida, para el uno, á meterse dentro, y para el otro, á echarlo fuera otra vez, y esto se logró en una semana.

Al caer la tarde del día 1.º de agosto los aliados se encontraban otra vez en las posiciones que ocupaban ocho días antes y los franceses de vuelta á Francia, siendo digna de elogio su hábil retirada por el Baztán, pero no menos merecedora de encomio la pericia de Wellington al arrojar á Soult de las posiciones que había tomado en Roncesvalles.

Las pérdidas ocurridas en tan numerosos combates fueron 6,000 por parte de los aliados y 8,000 por la de los franceses, contando muertos, heridos y extraviados.

V

Grande alegría produjo en toda España la noticia de que los franceses habían tenido que volver á su país rabo entre piernas, y tenía ya por seguro que no tardarían en caer en nuestro poder las plazas que todavía conservaba en el Norte el enemigo.

Entre las principales familias de San Sebastián contábase entonces la de un antiguo marino llamado D. Juan de Urquiola, padre del joven que vimos en Madrid prestar tan eficaz auxilio á Juliana cuando el secuestro de la hija de la marquesa de Montefuego. Tenía D. Juan una hija llamada Dolores que se educaba en las Salesas y era amiga íntima de Carmen, y sabedora de que los aliados iban á entrar de un momento á otro en la ciudad, no se le ocurrió mejor idea que la de dirigirse al Norte y ver á sus padres, de los cuales estaba separada hacía tres años.

Puso en conocimiento de Carmen este pensamien-

to, y la hermosa joven que deseaba ver á Miranda no menos que su amiga á su familia, acogió con alegría tal idea. Dicho y hecho, pues; poco trabajo costó alcanzar el permiso, y las dos niñas salieron de Madrid alegremente el 6 de agosto, acompañadas del hermano de la guipuzcoana, llamado Ignacio.

Hacían el viaje en una silla de posta, bastante cómodamente, y así llegaron á Hernani sin que les ocurriera ninguna novedad, como no fuese el reparar en el alborozo de los pueblos al verse libres de la dominación francesa.

Ignoraba por entonces Carmen el paradero de Miranda, al cual suponía con Morillo en Roncesvalles, y nadie lo sabía, por otra parte, pues desde la entrada de Soult en Francia y después de una breve conferencia celebrada con Wellington, no se le había visto más en el campamento.

Las dos niñas y Urquiola habíanse establecido interinamente en Zarauz esperando llegase el momento de salir los franceses ó de apoderarse los ingleses de la plaza para ir á reunirse con la familia de don Juan.

Eran harto calurosos los días y no pudieron resistir las dos amigas á la tentación de ir á bañarse en la cercana playa. Fuéronse en una calesa, solas y al caer de la tarde, y pudieron creer los peces, si es que creen algo, que de nuevo habitaban en el agua las ondinas.

Nada más bello, en efecto, que aquellas dos niñas, fuertes y hermosas como dos ninfas de Rubens, vestidas con blancas y holgadas batas parecidas á flotantes cendales; ágiles en el nadar, bulliciosas y risueñas.

El sol se ponía tras de las verdes colinas en un supremo resplandor de oro y de púrpura; el mar parecía de esmeralda y el cielo se mostraba de un azul como el de los fondos del Ticiano.

De vez en cuando llegaba hasta allí, apagado y ronco, el eco de los cañonazos de San Sebastián, que venía á dar fe de la realidad y á velar la dulce placidez del paisaje.

Las dos niñas permanecieron en el mar hasta llegada la noche; salieron entonces, sacudiendo sus vestidos, pegados al cuerpo, y se dirigieron á la calesa, donde habían dejado los que traían puestos.

Vueltas á vestir, subieron al carruaje, que guiaba Carmen, y emprendieron de nuevo el camino de Zarauz.

Las dos jóvenes no habían notado que cuando llegaron á la playa había allí un oficial inglés que se había escondido entre las frondosas ramas de una encina y no había perdido ninguno de sus movimientos.

Luego que hubo partido la calesa, el oficial bajó del árbol y se dirigió al pueblecito donde estaba su regimiento.

—¡Se llama Carmen,—dijo,—nombre español!

VI

Al día siguiente, lo primero que vió la joven al asomarse al balcón fué á un oficial inglés, de la división Graham, que lucía por la calle su consumada pericia en la equitación haciendo verificar al caballo toda suerte de saltos, corvetas y caracoleos.

La poca afición de la niña á todo lo referente al *sport* le hizo mirar con indiferencia los arriesgados ejercicios del jinete, joven capitán de *horse guards*, hermoso como un querubín y elegante como S. A. el príncipe regente, después Jorge IV, á quien los *fashionables* londinenses saludaban con el nombre de *arbiter elegantiarum*.

El oficial no se desanimó por eso, sino que esperó á que la niña saliese de casa para continuar á pie las tentativas hechas á caballo. Pasó y volvió á pasar por su lado, miróla, volviola á mirar, aunque sin dirigirle una palabra y dió muestras de abrigar formales pretensiones de querer ser un segundo Lovelace.

Lo único que había era que Carmen no era ninguna Clarisa Harlowe ni mucho menos.

¿Cómo diablos se las compuso el inglés para enviar á Carmen un ramillete de preciosas dalias y camelias? ¿Cómo fué que tropezaba siempre con él doquiera que fuese? ¿En virtud de qué misterioso amuleto sabía el inglés que le gustaba la música de Mozart y recibía al día siguiente de haber manifestado tales preferencias la ópera de *Così fan tutte*? Imposible nos ha sido averiguarlo; sólo diremos, sí, que la obra no debía pertenecer á sir Arturo Ringer, que así se llamaba el capitán, puesto que en el reverso de la portada se leía este nombre: *Byron*.

No es que Carmen lo notase, pero lo notó Dolores, que no parecía muy disgustada de ver al gallardo inglés y que dijo al reparar en aquella firma:

—¡Será algún amigo de sir Arturo!—suposición

no infundada, ciertamente, pues eran realmente amigos de la infancia, camaradas en el arte de ponerse la corbata al revés de los demás, esto es, baja y de color negro, y al mismo tiempo comunes admiradores de las españolas con preferencia al bello sexo universal.

VII

Llegó en esto el 30 de agosto, y el capitán, sin darse por resentido de tan continuadas muestras de desdén, ó séanse calabazas, atreviése á hacer lo que en su timidez no había osado hasta entonces, esto es, escribir, no á Carmen, sino á Dolores, para decir lo siguiente: «Señorita: Espero no llevaré V. á mal que sin tener el honor de hallarme relacionado con usted me atreva á participarle que mañana se dará el asalto á la plaza de San Sebastián, la cual quedará enteramente evacuada por los franceses antes del mediodía. Espero que esta nueva podrá proporcionar á V. el placer de prepararse para reunirse mañana con su respetable familia.—CAP. A. RINGER.»

No hay para qué decir el mágico efecto que en todos produjo la misiva; en Dolores por estar cerca de poder abrazar á sus ancianos padres y á sus hermanos y en Carmen por sentirse instintivamente más cerca de Miranda y ser la toma de San Sebastián señal evidente de la pronta terminación de la guerra y con ello del día feliz en que se uniría á su adorado para no separarse más de él.

Dispusieron, pues, todo lo conveniente para ponerse en camino al día siguiente al amanecer, y al llegar á Zubieta pudieron convencerse de las palabras de sir Arturo; el cañoneo que desde su salida de Zarauz no había cesado un momento, dejó de oírse al mediodía.

En las murallas de San Sebastián tremolaban las banderas inglesa y portuguesa; no la española, sin embargo. A las primeras horas de la tarde vieron pasar más de 700 prisioneros franceses, en medio de una lluvia torrencial.

Urquiola, que acompañaba á las jóvenes, preguntó á un oficial por las pérdidas ocurridas.

—Hemos tenido 500 muertos y 1,500 heridos,—repuso el interpelado;—pero sobre todo la desgracia irreparable ha sido la de sir Roberto Fletcher, el ingeniero de Torres-Vedras.

—¿Y los franceses?

—Hemos cogido esos prisioneros, pero los demás

se han refugiado en el castillo. El general Rey ha hecho una buena defensa. Pero dispensadme que os pregunte, ¿vais á San Sebastián?

—Sí,—repuso Urquiola.

—Pues mejor sería que no fueseis.

—¿Que no fuésemos? Extraño me parece lo que decís.

El inglés se encogió de hombros y repuso:

—Pues haced lo que os parezca,—siguiendo su marcha sin añadir más.

Urquiola creyó no deber hacer caso de semejante recomendación, pensando que el capitán se referiría al peligro que pudiese correr por estar todavía el castillo en poder de los franceses, y por lo mismo no hizo presente á Carmen ni á Dolores la singular advertencia del inglés.

Todos los sitiadores se encontraban ya dentro de la plaza, formados en uno de los paseos.

Los tres jóvenes se dirigieron á casa de Urquiola,

situada en la calle de Garibay, pudiendo abrirse paso á duras penas entre la multitud que victoreaba gozosa á los ingleses, contemplando de paso el hermoso espectáculo que presentaba la ciudad engalanada de súbito con vistosas colgaduras y arcos de triunfo.

Sucedía esto á las cinco de la tarde.

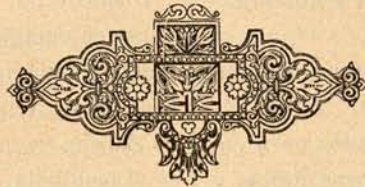
Urquiola abrazó á sus hijos con lágrimas de ternura, compartidas por todos los que contemplaban aquella tierna escena.

Era un anciano venerable, antiguo héroe de los mares del Norte y cuya intrepidez era conocida lo mismo de los franceses que de los demás marinos que iban á Terranova.

De pronto la sala en que se encontraban apareció iluminada por un siniestro resplandor rojizo.

Era San Sebastián que ardía, incendiado por nuestros *caros* aliados los ingleses de mister Graham.

.



CAPÍTULO XV

Otra inglesada

I

UNA turba de soldados borrachos entró en la casa, después de haber derribado la puerta á á culatazos, yendo á su frente el interesante capitán sir Arturo Ringer.

Entregada aquella honrada familia á los transportes del afecto que todos sus individuos se profesaban, no había tenido ocasión de ver los espantosos acontecimientos de que venía siendo objeto la ciudad desde el mismo momento en que se había dado la antigua voz de «rompan filas».

Las más lindas jóvenes de la ciudad se encontraban ricamente ataviadas en las puertas de sus casas con bandejas de refrescos para obsequiar á los recién entrados, cuando en vez de la cordial correspondencia que tenían derecho á esperar, viéronse brutalmente derribadas por aquellas feroces hordas, molidas á sablazos é infamemente violadas. No quedó allí mujer con honra: las hijas eran arrebatadas de los brazos de sus madres, las esposas forzadas en presencia del cadáver de sus maridos... no quedó ninguna por brutalizar... Ni en Rioseco, ni en Uclés, ni en Córdoba, ni en Tarragona habían llegado los franceses á tal grado de brutalidad y de barbarie.

En pos de la violación vino el saqueo; todo fué pillado, robado y destruído; los desenfrenados instintos de los ingleses, que habían podido darse rien-

da suelta en la retirada de John Moore y se habían visto reprimidos por Wellington y D. Miguel de Alava después de la batalla de Vitoria, poníanse de manifiesto ahora en toda su repugnante crueldad, cinismo y sordidez. Nunca las fieras de los bosques dieron pruebas de semejante abyecta irracionalidad.

Todo, todo absolutamente lo que hubiesen podido hacer los ingleses (y nada absolutamente hicieron por nuestra cara, pues trabajaban *pro domo sua*, convirtiendo á España en teatro de la guerra de Inglaterra contra Francia, como lo había hecho antes Amílcar dando en España la batalla contra Roma y sacando de aquí la gente y el dinero para hacerla), todo absolutamente, decimos, quedó borrado aquel día, día de infamia para los innobles soldados de Graham, padrón de ignominia para la lealtad británica.

II

Al ver aquella turba de soldados ebrios y al oficial que insolentemente entraba dando sablazos en los muebles, adelantóse Ignacio Urquiola pistola en mano, pero antes de que pudiese hacer ademán alguno, arrojáronse sobre él varios de aquellos testafemos, derribándole al suelo y clavándole sus bayonetas.

—¡Infames!—gritó el anciano.—¡Infames asesinos! ¡Infames y cobardes ladrones de honras y de haciendas!

Una descarga fué la respuesta, cayendo el noble viejo al suelo, acribillado á balazos.

Dolores, perseguida por los soldados, y Carmen por Ringer, huyeron despavoridas, no empero sin que la borracha soldadesca se apoderase de la infeliz Dolores, víctima del desenfreno de aquellos abyectos mercenarios.

Carmen, acongojada y resuelta á quitarse la vida antes que dejarse arrebatarse la honra, había conseguido llegar hasta un gabinete del último piso. Había allí una imagen de la Virgen y la joven se postró ante ella, como el único amparo que le quedaba.

Oyéronse pasos y luego golpes en la puerta. Carmen abrió el balcón y retrocedió horrorizada ante el espectáculo que se ofreció á su vista. Toda la ciudad ardía por sus cuatro costados; el humo del incendio y el sofocante calor que subía de aquel inmenso horno, dejaron á la joven sin sentido.

El oficial, furioso y lanzando horribles juramentos, vista la inutilidad de sus esfuerzos para derribar la puerta, hizo saltar la cerradura con su puñal y penetró en el cuarto.

Carmen había vuelto en sí al oír el ruido de la puerta, abierta con violencia por sir Arturo, y corrió al balcón con ánimo de arrojarle por él, pero el inglés, que conoció su intención, cerró el paso.

La joven volvió la cabeza á todas partes buscando una salida... ¡Todo inútil! No había por dónde escapar.

El inglés, ebrio de vino y sangre y sediento de lujuria, acercóse á Carmen, entablándose entre los dos una desesperada lucha, lucha á brazo partido.

La joven escupía al rostro del infame y estaba á punto de vencerle, cuando el oficial, ¡noble estrategema! armóle una zancadilla que la hizo caer al suelo.

Carmen, falta ya de fuerzas, sintióse cogida por los brazos y arrastrada por el villano.

De pronto creyó soñar...

Había oído la voz de Miranda.

—¡Fernando! ¡Fernando!—gritó una voz desesperada.—¡Sálvame! ¡Salva á tu Carmen!

III

Era Miranda, sí, que encargado por Wellington de hacer un reconocimiento desde la frontera hasta Tolosa de Francia, acababa de llegar en busca de Wellington, por haberle dicho en Irún que probablemente lo encontraría en San Sebastián.

Era Miranda, horrorizado y encendido de vergüenza al ver el incalificable comportamiento de los ingleses.

Amigo de Urquiola, había corrido á su casa al objeto de preservarlos del estrago, si por ventura era tiempo todavía. ¡Lo que encontró fueron los cadáveres de Ignacio y de su padre y lo que presencié fué el sombrío llanto de Dolores!...

Cuando oyó que la joven le dijo:—Arriba encontraréis á Carmen,—el bravo guerrero sintió como si le hubiesen arrojado encima una caldera de plomo derretido.

Rápido como el rayo subió en dos saltos las escaleras y se precipitó en el cuarto con la espada desnuda, lívido y terrible.

Vió á Ringer que tenía á Carmen cogida por la cintura, y arrojándose sobre él le clavó el arma en el pecho, exclamando:

—¡Muere, miserable ladrón!

La espada había quedado hundida hasta el puño.

Sir Arturo, que cayó bañado en un mar de sangre, lanzó un sordo rugido.

—¡Oh, Fernando,—exclamó la niña,—me has salvado la vida y el honor!

—Demos sepultura á los honrados muertos de abajo, mientras queda ahí ese infame, y salgamos en seguida llevándonos á Dolores.

Hartos de sangre y cargados de botín habíanse largado ya los ingleses, pegando antes fuego á la casa, que ardía ya por la planta baja.

—Es peligroso perder un instante,—repuso Miranda asomándose al balcón y viendo salir las llamas por las rejas del entresuelo.—Sígueme al punto, iremos por Dolores y tendremos que descolgarnos luego por los balcones, pues el fuego ha invadido la escalera.

Miranda bajó al primer piso y encontró á la pobre niña sin conocimiento, pronta á ser devorada por las llamas. El pavimento estaba, en efecto, caldeado y amenazaba venirse abajo.



— ¡MUERE, MISERABLE LADRÓN!



El joven se acercó con precaución, tomó á la joven en sus brazos y la llevó al balcón de otra pieza, donde estaba también Carmen.

Hizo luego varias tiras con una manta, anudándolas fuertemente, y sujetó en los hierros de la baranda la improvisada cuerda.

Esta era suficientemente larga, hasta llegar al piso de la calle, pero debía pasar tocando casi con las llamas.

—Un momento todavía,—repuso Miranda, recogiendo la cuerda.

Al cabo de pocos minutos volvió con un cántaro de agua y mojó bien las tiras de lana.

Dolores no parecía comprender lo que estaba ocurriendo.

—¡Ea, valor!—repuso Miranda.

Quitóse en seguida el cinturón, pasólo por bajo los sobacos de Dolores, ató en medio de la espalda el otro extremo de la cuerda y bajó á la niña, que no tardó en encontrarse en la calle.

—Desataos,—gritó Miranda.

Dolores pareció volver en sí, considerando el peligro de sus amigos, y dejó ir libremente el extremo atado al cinturón.

—No es preciso que me bajas,—dijo Carmen,—yo lo haré sola.

Así fué, en efecto. La valiente joven se deslizó en un momento.

Tocóle el turno á Miranda, oyendo así que pasaba á la parte de afuera del balcón, el ruido del techo que se desplomaba, convertido en una inmensa boca por donde salían las llamas del piso bajo.

Los tres corrieron fuera de la ciudad, atravesando por en medio del incendio, y se dirigieron á Zubieta, donde se habían refugiado los desdichados habitantes de aquella infeliz ciudad.

IV

La proeza llevada á cabo por los ingleses vale la pena de ser eternamente recordada, no tan sólo por los habitantes de San Sebastián, que no la olvidarán nunca, ciertamente, sino por todos los españoles. Véase en qué términos da cuenta de ella Toreno:

«Melancolizase y se estremece el ánimo al recordar escena tan lamentable y trágica á que no dieron ocasión los desapercibidos y pacíficos habitantes,

que alegres y alborozados salieron al encuentro de los que miraban como libertadores, recibiendo en recompensa amenazas, insultos y malos tratos... Robos, violencia, muertes, horrores sin cuento, sucediéronse con presteza y atropelladamente. Ni la ancianidad decrepita, ni la tierna infancia pudieron preservarse de la licencia y desenfreno de la soldadesca, que furiosa, forzaba á las hijas en el regazo de las madres, á las madres en los brazos de los maridos, y á las mujeres todas por doquiera.

»¡Qué deshonra y atrocidad! Tras ella sobrevino al anochecer el voraz incendio; si casual, si puesto de intento, ignorámoslo todavía. La ciudad entera ardió; sólo sesenta casas se habían destruído durante el sitio: ahora consumiéronse todas, excepto cuarenta, de seiscientas que antes San Sebastián contaba. Caudales, mercaderías, papeles, casi todo pereció, y también los archivos del Consulado y Ayuntamiento, precioso depósito de exquisitas memorias y antigüedades.

»Más de 1,500 familias quedaron desvalidas, y muchas, saliendo como sombras de en medio de los escombros, dejábanse ver con semblantes pálidos y macilentos, desarropado el cuerpo y martillado el corazón con tan repetidos y dolorosos golpes. Ruina y destrozo que no se creyera obra de soldados de una nación aliada, europea y culta, sino estrago y asolamiento de enemigas y salvajes bandas venidas de África.»

Y dice D. Modesto Lafuente, haciéndose cargo del juicio emitido por el conde de Toreno: «Por desgracia, lejos de ser recargadas, pecan tal vez de débiles, aunque parezca imposible, las tintas que empleó este escritor para bosquejar el cuadro de aquella noche funesta, una de las más horribles que se registrarán en la historia de las calamidades de los pueblos. Y no sabemos cómo tan ilustrado historiador pudo, hablando del incendio, estampar aquellas palabras: «Si casual, si puesto de intento, ignorámoslo todavía.» ¡Ojalá tuviéramos el consuelo de ignorarlo! ¡Ojalá de testimonios auténticos no resultara la dolorosa convicción de haber sido puesto, ¡horroriza el pensarlo! por los mismos que se decían nuestros amigos y aliados, por los defensores de la causa española, por aquellos mismos á quienes los pacíficos habitantes de San Sebastián salían alegres y alborozados á recibir como libertadores!»

V

Miranda estaba rebotando indignación por la conducta observada por los aliados en San Sebastián, sentimiento compartido por todos los españoles. Lord Wellington hizo oídos de inglés, es decir, de mercader, ante las justas exigencias del ayuntamiento y vecindario en demanda de reparación moral y material. Nada se alcanzó, y los habitantes tuvieron que reedificar á sus expensas la infeliz ciudad, de la cual, como queda dicho, sólo habían quedado cuarenta casas, siendo totalmente incendiadas 560.

Si los compatriotas de Byron quisieron darse el gustazo de ver repetidas las hazañas de Sardanápalo y de Nerón, hay que reconocer que lo tuvieron cumplido. ¡Valientes amigos nos habíamos echado! Otra vez los cartagineses se nos habían metido aquí. Bueno es no olvidarlo para que nunca fie España en extranjeros auxilios. Lo mismo que hicimos con los ingleses lo habríamos alcanzado también sin ellos, puesto que, al fin y al cabo, y examinadas atentamente las causas de nuestra victoria, se verá que todo dependió de las guerrillas que obligaban á Napoleón á mantener aquí un ejército numerosísimo que le hacía falta para otras partes. Esa gran revulsión á su poderío, causada por las guerrillas, motivó los desastres que siguieron á la fatal catástrofe de Rusia.

VI

Dolores no parecía la misma que en el convento.

Era antes una morenita agraciada, de finas facciones, carita redonda y llena de hoyuelos, ojos negros, grandes y vivarachos, sombreados por largas pestañas, boca menuda en la que lucían dos hileras de blanquísimos dientes, esbelto talle y regular estatura. La pobre niña aparecía ahora desfallecida, verdosa, contraído el semblante por la vergüenza y el rencor, cercados los párpados por moradas ojeras y decaído el aire como el de una enferma gravemente atacada de doloroso sufrimiento.

La vista de los soldados ingleses que pasaban por el pueblo le producía terribles crisis nerviosas, por lo cual Miranda creyó del caso apartar de allí á la infeliz y pedir licencia á Wellington para ir á servir

á las órdenes del conde de España, que tenía puesto sitio á Pamplona, según dijimos ya.

En su conversaci6n con el duque quej6se amargamente el joven general del comportamiento de las tropas inglesas en San Sebastián, dándole Wellington toda clase de excusas y pidiéndole señalase á los culpables de la violaci6n de Dolores para castigarlos severamente.

—Los culpables no sé quiénes son,—replicó Miranda,—pero respecto al que los mandaba, ya me hice justicia por mí mismo.

—¿Qué hicisteis?—replicó el generalísimo.

—Lo maté como se mata á un ladr6n,—repuso Miranda.—Sí, como un ladr6n murió sir Arturo Ringer.

Wellington se mordió los labios y murmuró:

—Raz6n tuvisteis. Esos señores oficiales se figuran que se puede tratar á las poblaciones de España como trataban á las de la India.

VII

Miranda se incorporó efectivamente al ejército que bloqueaba Pamplona. Allí estaban la divisi6n España y D. Julián Sánchez y desde agosto una divisi6n del tercer ejército, ó sea el del duque del Parque, mandada por el bizarro príncipe de Anglona.

La plaza resistía tenazmente y tenía víveres todavía para más de un mes.

El conde de España, casi nos sabe mal el decirlo, se portaba muy bien y daba muestras de alta capacidad militar.

Miranda encontró en seguida á Enrique Osorio, preguntándole por el oficial Pérez.

El joven se echó á reír y contestó:

—¡Ya no es de este mundo!

—¿Cómo?

—Se le fusiló en toda regla.

—Tanto mejor, si era merecedor de ello.

—Era un traidor, pero no logró llevar á cabo sus infames propósitos, ó á lo menos no le salieron tan bien como él hubiera querido.

—¿Qué fué eso?

—Avisó á Cassán, gobernador de la plaza, que Soult venía en su socorro y que hiciese una salida para secundar el ataque de que íbamos á ser objeto por parte de los recién llegados, indicando que la

división más floja era la de Aymerich. Gracias á que Luis Martínez, mi asistente, descubrió la treta; el francés hizo con todo la salida, pero el conde de España desbarató á los que formaban la columna y los obligó á meterse de nuevo en la ciudad, no sin que tuviésemos, empero, algunas pérdidas. Creyó deber ponerse en salvo el tunante, pero no contaba con que Luis no le perdía de vista, y así, corrió tras de él, cogiéndole al tocar las murallas de Pamplona y trayéndole atado codo con codo. El conde de España, ya sabéis qué carácter tan extraño tiene, mandó encerrar en un calabozo obligándole á silbar incesantemente, y mandando, cuando cesase de hacerlo, se le diesen carreras de baquetas.

Miranda hizo un gesto de disgusto.

—Por fin, cansado de tanto silbar, cosa propia de soplones, fué sometido á consejo de guerra y se cumplió la fatal sentencia.

—Sensible es siempre la aplicación de la pena capital.

—¿Qué queríais se hiciese? Además, que por lo que se pudo traslucir á última hora, ese oficial era un intrigante; él fué quien armó todo aquel enredo de pasarse el 3.º cuerpo de ejército á *Pepe Botellas*. Teníasele en Madrid por hijo de Godoy, cosa que no sería extraña dada la hermosura de su madre y su ostentoso modo de vivir, siendo simplemente viuda de un pobre criado de palacio, ayudante del guardamangier.

—¡Pobre mujer! ¿Conque su madre vive?

—Vive en París; se fué con María Luisa, y no gustándole Compiègne, se marchó á la capital.

Los dos amigos hablaron luego largo rato sobre los sucesos en que habían tomado parte cada uno.

—¿Os parece seguro Tafalla para que dejemos allí á esas muchachas que me he traído?—repuso luego Miranda.

—Seguro del todo.

—Pues en ese caso voy para allá. ¿Conocéis allí á alguien?

—Soy amigo del cura, y creo que si le decís que sois mi amigo, no consentirá que vayan á la posada.

—Tanto mejor.

—Buscad en este caso al padre Mariano y decidle que el hijo de D. Juan Osorio le encarga os atienda en cuanto le digáis.

—Gracias, Enrique.

VIII

A las pocas horas pusiéronse en camino Miranda y las dos jóvenes, y al llegar á Biurrún encontraron parte de la división de Mina, que estaba haciendo alto en el pueblo y venía de Jaca en dirección á Pamplona.

Al saber que había un general en el pueblo, presentóseles el jefe que mandaba el batallón.

—¡Garroyo!—exclamó Miranda al ver á su antiguo camarada.

—¡Miranda!—repuso éste, lleno de alegría.

Los dos amigos se abrazaron estrechamente.

—¿Dónde vas?—dijo Garroyo, después de pasada la tierna emoción que había experimentado, no menos profunda que la de Miranda.

—A Tafalla, donde pienso dejar á Carmen y á una amiga suya,

—¿Por qué no las mandas á Zaragoza, donde encontrarían á Petra?

—Esa sería mi idea. Pero no puedo alejarme tanto.

—Eso es lo de menos, si es que no tienes inconveniente en que las escolte hasta allí un hombre de confianza.

—Al contrario, con el mayor gusto.

—Corriente, pues. Irá Ortego, el que conoces ya de Dinamarca.

—¡Excelente muchacho!

—Es ahora subteniente.

—Vamos, merecido lo tiene.

—Saldrá, pues, Ortego con algunos jinetes y te dejará á esas niñas en toda seguridad.

—Gracias mil, mi querido Garroyo.

Todo se hizo como se había dispuesto; las dos jóvenes llegaron á Zaragoza, donde se instalaron en una casa cercana á la en que vivían Rosario, Esther y Eugenia, en la misma calle de Santa María, y los dos amigos se pusieron en camino para Pamplona, donde los dejaremos por ahora.



CAPÍTULO XVI

San Marcial

I

MIENTRAS ocurrían en San Sebastián las tristes escenas que hemos relatado, acontecían sucesos muy diversos en no lejano sitio, todos en honor y gloria de las armas españolas, que adquirían uno de los más puros y legítimos lauros de toda la campaña.

Los franceses querían á toda costa, visto el malogro de su tentativa para hacer levantar el bloqueo de Pamplona, impedir que continuase el sitio de San Sebastián, y á este objeto decidieron cruzar el Bidasoa, forzando la línea española que guardaba aquella parte de la frontera, hallándose acantonadas nuestras tropas, pertenecientes al 4.º cuerpo, en los campos de Zorqueta, San Marcial, Irún y Fuenterrabía teniendo detrás la división Longa y algunos ingleses.

Mandaba á los españoles el bizarro D. Manuel Freire, general en jefe del 4.º cuerpo, y las divisiones ocupaban los siguientes puntos: Losada, Zorqueta; Porlier, San Marcial; y Mendizábal, Irún y Fuenterrabía.

Todas ellas estaban formadas por tropas excelentes y aguerridas, dignas de los ilustres jefes que las mandaban. La intrepidez de Porlier, Mendizábal, Losada y Ezpeleta eran garantía de victoria, no menos que la pericia del general en jefe.

El terreno en que operaban era quebradísimo y

muy arbolado; situados los españoles en las cumbres de los montes veían correr á sus pies el caudaloso Bidasoa, encajonado entre las rocas, límpido como un cristal.

Todos los que estaban á la parte de acá habían jurado que no volverían de nuevo los franceses á pisar el sagrado suelo de la patria. El año 1808 habían entrado pérfidamente, so capa de amigos; ahora... era diferente. La gente estaba prevenida.

II

Amanecía el día 31 de agosto de 1813.

La mañana era más que alegre, verdaderamente deliciosa. Desde lo alto veíanse los valles envueltos en vaporosa bruma, ora semejante á blanca humareda que brotase del suelo, ora á flotantes mantos de gasa. El río estaba cubierto por fina niebla que no dejaba ver sus cristalinas ondas y sólo se percibía su murmullo. Todas las yerbas exhalaban penetrante perfume y se mostraban cubiertas de rocío, y en los árboles daban su concierto los ruiseñores, único melodioso rumor que turbase el profundo silencio que reinaba.

Salió el sol entre sonrosados arreboles, y al momento el eco de algunas detonaciones, procedentes



SAN MARCIAL



de los puestos avanzados, dió á entender que el enemigo se aproximaba.

Así era, en efecto; grandes masas de enemigos procedentes de San Juan de Luz, habían atravesado el Bidasoa por el vado de Saraburo, apoderándose de las alturas de Irachaval.

Adelantaron luego con ánimo de apoderarse de las sierras de San Marcial y de Zoraya, pero al lle-

gar á medio tiro de fusil, una descarga redoblada de los nuestros hizolos retroceder ante la magnitud de las pérdidas experimentadas.

Volvieron, no obstante, á querer probar fortuna por la parte de Zoraya, pagando de nuevo caramente su tentativa; pensaron entonces que quizás serían más afortunados dirigiendo sus esfuerzos contra San Marcial, y á este fin, emplazando su artillería en la



... una descarga redoblada de los nuestros hizolos retroceder...

orilla francesa, en la altura llamada de Luis XIV, consiguieron echar un puente volante junto al para-je denominado de las Nasas.

El empuje iba á ser terrible, según la embestida que traían las columnas que habían pasado el puente; Porlier, que observaba desde la ermita que está en lo alto de la sierra, se coloca al frente de la primera brigada de su división, desgálgase monte abajo y sale al encuentro de los que venían, obligándolos á retroceder, pero los que no pudieron lograr el puente debieron arrojar al agua.

Visto que era imposible abrirse paso por allí y cada vez más presurosos para volar en socorro de San Sebastián, intentaron atacar la izquierda, que regian D. Gabriel de Mendizábal y el general Losa-

da. Dos columnas de cazadores se encargaron de apoderarse de aquellas cumbres, y lograron, en los primeros instantes, hacerse dueños del campamento establecido en una de ellas; pero acudió Porlier con el segundo batallón de infantería de marina y juntos todos arrollaron á los cazadores, que fueron cargados por tres batallones de voluntarios guipuzcoanos al mando de D. Juan de Ugarte-mendía.

Los regimientos de Guadalajara, Asturias y la Corona, desquitáronse aquel día de la triste jornada de Espinosa de los Monteros. El enemigo replegóse en el mayor desorden por el puente de las Nasas, y los que no pudieron, debieron hacerlo con grave peligro por el mismo vado que habían atravesado

por la mañana, viniendo ahora muy crecido el río á consecuencia de una fuerte lluvia.

III

Tal fué aquella gloriosa batalla, ganada únicamente por los españoles, que demostraron no tener que menester ajeno auxilio para vencer á los ejércitos franceses; era la segunda vez que éstos eran derrotados en aquel mismo sitio (1552-1813).

El generalísimo Wellington se presentó en el lugar de la acción al caer de la tarde, felicitando calorosamente al bizarro Freire, no menos que á Porlier, Mendizábal y Ezpeleta, y dió la siguiente proclama, publicada en la *Gaceta* de Madrid del 19 de octubre de aquel año. Dice así, textualmente copiada:

«Guerreros del mundo civilizado, aprended á serlo de los individuos del 4.º ejército español, que tengo la dicha de mandar. Cada soldado de él merece con más motivo que yo el bastón que empuño; el terror, la arrogancia, la serenidad y la muerte misma, de todo disponen á su arbitrio. Dos divisiones inglesas fueron testigos de este original y singularísimo combate, sin ayudarles en cosa alguna por disposición mía para que se llevasen ellos solos una gloria que no tiene compañera en los anales de la historia. Españoles, dedicaos todos á premiar á los infatigables gallegos; distinguidos sean hasta el fin de los siglos por haber llevado su denuedo y bizarría á donde nadie llegó hasta ahora, á donde con dificultad podrán llegar otros y á donde sólo ellos mismos se podrán exceder, si acaso es posible. Nación española: la sangre vertida de tantos Cides victoriosos ha hecho que diez y ocho mil enemigos con una numerosa artillería, desaparecieran como el humo para que no nos ofendan jamás. Franceses, huid, pues, ó pedid que os dictemos leyes, porque el 4.º ejército va tras de vosotros y de vuestros caudillos á enseñarles á ser soldados.»

Cuando el frío, el impasible, el descontentadizo *duque de Hierro* se expresaba en tan calurosos términos, mucho debía ser lo que habían hecho los españoles.

Y mucho habían hecho en efecto. Véase lo que decía el general Freire en la orden del día siguiente:

«Hemos perdido bastante gente y muchos y muy beneméritos jefes y oficiales, habiendo compañía donde no ha quedado ningún oficial.»

Allí murieron ó quedaron heridos, en efecto, 161 jefes y oficiales, entre ellos el esforzado coronel de Asturias D. Fernando de Miranda, muerto gloriosamente al rechazar á los franceses que atacaban las posiciones de Soroya, y 2,642 soldados. En los heridos lo fueron el general Losada, hermano del conde de San Román, muerto en Espinosa, los brigadieres Castañón y Roselló y el coronel Laviña. El brigadier Sánchez Salvador perdió dos caballos.

Esto prueba la furia de las acometidas de los contrarios y la intrepidez con que los nuestros resistieron, dejando á última hora la defensiva para tomar la ofensiva, dando terribles cargas á los franceses. Estos, conociendo que era cuestión de vida ó muerte para mantener todavía su orgullo el prestar auxilio á San Sebastián, hicieron esfuerzos desesperados para forzar la línea que se les oponía. Inútiles fueron todas sus tentativas y malparado quedó Reille de su temerario propósito.

IV

Fué la batalla de San Marcial una de las que puede estar más orgullosa nuestra nación; no solamente no logró su objeto el francés, sino que debió volverse precipitadamente á su tierra, imposibilitado de poder entrar en la nuestra. Sirva esto de memoria por si nunca llegara el caso de otra invasión, cosa que decimos sencillamente como hipótesis á la manera que en la actualidad hacen simulacros los franceses, figurando que entra un ejército español por Perpiñán y lo derrotan completamente en Carcasona.

La fama se ha empeñado, empero, en conceder más importancia á Talavera, la Albuera y Arapiles que á San Marcial, siendo así que esta última fué una batalla genuinamente española, mientras que la de los Arapiles fué únicamente un triunfo de los ingleses, y la Albuera y Talavera sólo fueron españolas por mitad, aunque algo más Vitoria.

En cuanto á los resultados, no puede negarse que no cede en importancia San Marcial á las referidas victorias, no precisamente por las pérdidas materia-

les causadas al francés, sino por contener su intento de invasión, lo cual impidió pudiera hacer levantar el cerco de San Sebastián.

Sólo una cosa entristece el ánimo, y es pensar que

uno de los principales héroes de aquella jornada, el intrépido y jamás vencido Porlier, debía acabar su vida en un patíbulo por orden de S. M. el rey D. Fernando VII de Borbón.



CAPÍTULO XVII

Después de la batalla

I

TODO campo de batalla es lúgubre al acercarse la noche; los vencedores vivaquean en él y sienten estremecimientos de horror.

Extenso era el frente ocupado por las tropas del general Freire y todo él era bosque. El aspecto que por la mañana presentaba era tan diferente del que ofrecía entonces, como diferente es una mansión paradisiaca de un antro del infierno. Parecía aquello una región separada de la primera por todo el espacio del horror.

Los árboles semejaban fantasmas monstruosos; cañones que yacían por el suelo reflejaban á la luz de las hogueras como gigantescos caimanes verdinegros; oíanse gritos de dolor, chillidos de lechuzas, graznidos de cuervos, estallidos extraños, ruidos pavorosos.

Todo el detritus de una batalla obstruía los senderos; montones de cadáveres horriblemente destrozados impedían á veces el paso; algunos de ellos guardaban una posición grotesca, sorprendidos por la muerte.

Muchos perros de los caseríos cercanos habían acudido al olor de la carne y devoraban asquerosamente los miembros esparcidos por doquier.

De lo hondo de los valles, de lo profundo de las zanjas, de lo más intrincado de los matorrales, salían lamentos y aullidos.

Era la hora de las visiones; aquellos misteriosos bosques del Norte encierran todos lúgubres leyendas.

El campamento español rebosaba júbilo y alegría, pero al ser media noche no faltó quien se sintiera dominado por invencible tristeza.

Porlier meditaba.

II

Era un hombre joven, de simpática figura, llano y franco en su trato, adorado de sus soldados. Sus proezas en aquella guerra habían sido verdaderamente admirables, rayando en legendarias. Había llevado á feliz término empresas que parecían imposibles, y cuando nuestros ejércitos hubieron quedado enteramente destruídos después de Ocaña y sólo había las guerrillas para mantener encendida la guerra, Porlier, con Mina y *el Empecinado*, había sido uno de los indomables mantenedores de la independencia.

Aquel día no habían sido menos homéricas sus proezas que en Aguilar de Campoo, en sus invasiones de los pueblos y ciudades ocupadas por los franceses en el Cantábrico, en sus incursiones por tierra de Castilla y en sus incesantes peleas hasta obligar al enemigo á evacuar Asturias.

Precisamente un año antes había entrado Porlier en Santander, echando de allí á los franceses, que salieron precipitadamente al solo anuncio de que se acercaba *el Marquesito*.

Porlier recordaba con alegría y tristeza aquel día memorable; había hecho jurar á los leales santanderinos la Constitución de 1812, acto realizado en medio de las más fervientes aclamaciones y del más ardiente entusiasmo. Recordaba la alegría pintada en todos los semblantes al prestar juramento al sagrado código que venía á proclamar el dogma de la dignidad de los ciudadanos y el decoro personal del hombre. España, que era una nación más degradada que Turquía ó que el más servil imperio asiático gobernado por eunucos y favoritos, España, había sido regenerada por el Dos de mayo y no quería caer de nuevo en el lodazal de inmundicia en que se había arrastrado durante la dominación godoyina; no quería que en vez del título de nación se la tuviese que calificar nuevamente de pocilga donde todas las concupiscencias se diesen rienda suelta, donde el tráfico de dinero y la lujuria fuesen los únicos agentes de gobierno, ó por mejor decir, de autoridad sobre los demás.

¿Iban á ser estériles tantos sacrificios? ¿La obra de la independencia, llevada á término con las solas fuerzas del país, sería luego inutilizada por el rey Fernando? Poco, muy poco fiaba Porlier en aquel siniestro personaje; tenía motivos para conocer de cerca su profunda hipocresía, su doblez solapada, sus crueles instintos, su avidez de sangre que rayaba como en una especie de monomanía, sus innobles apetitos y su odio á los que no querían sufrir de nuevo la ignominia de una corte absolutista.

¿Acaso peleaba España para darse el gustazo de que le volviesen á su amado monarca? ¿Acaso aquellos torrentes de sangre, derramados en uno y otro campo, reconocían por objeto que volviese á Madrid el héroe del Escorial? Poca importancia concedía, sin embargo, Napoleón al huésped de Valencey, cuando apenas si se dignaba ocuparse en él. ¡No, no! Otro era el móvil que impulsaba á combatir á los españoles, móvil más elevado que el nombre de un monarca. Era que en España rebrotaba el espíritu ahogado por Napoleón, era que la revolución francesa se había encarnado entonces por una especie de *avatar* en la revolución española; era que la Constitución republicana y los principios de 1789, sofocados bajo

el peso del despotismo imperial, renacían en España; era que lo sucedido en Francia á consecuencia de la feroz tiranía de los nobles había acontecido aquí bajo la indignación producida por la perfidia y deslealtad de los invasores. Esta era la verdadera interpretación de lo que estaba pasando desde el año 1808.

Maldito lo que había pensado Porlier en el ausente Fernando al pelear en San Marcial á pecho descubierta, al cargar al frente de una brigada de voluntarios á los cazadores de Reille, al descolgarse monte abajo para salir al encuentro de los acometedores, ni al mirar cómo se retiraban precipitadamente los franceses allende el Bidasoa. Pensaba, sí, en la dichosa suerte que se merecía la nación española que tales hijos contaba, pensaba en lo mucho que valía aquella España que combatía entonces por su honor y que demostraba de qué manera sabía rechazar las invasiones cuando en vez de un D. Rodrigo ó una María Luisa regía los destinos de la patria el pueblo soberano.

III

Ocupaba Porlier la ermita que corona la sierra de San Marcial, y estaba allí también, paseándose por la plazoleta que se encontraba antes de la capilla, su antiguo ayudante Ramón de Pravia, vuelto ahora á sus órdenes después de haber servido con Espinosa, desde que se incorporó á él en Cádiz, cuando la expedición de Zayas al condado de Niebla.

Era, decíamos, la noche después de la batalla.

El bravo joven había recibido hacía pocos días noticias de Teresa de Salas, la hermosa joven del valle de Onís, en que le daba cuenta de un extraño suceso: era el caso que algunos trajinantes del valle de Pas, que iban á Oviedo, extraviados una noche por la áspera sierra de Cabrales se habían refugiado en una cueva, encontrando allí á una mujer que, según se veía, debía hacer vida penitente. Primero la habían tomado por una horrible bruja según el abandono de su vestido, su fosca mirada y el poder que tenía para no morir de frío yendo casi desnuda, sin más abrigo que algunos harapos y la larguísima cabellera que le tapaba las carnes; pero al oír su dulce voz y al ver las lágrimas que derramaba, cambiaron de parecer y la

tuvieron por una santa. Solamente un montón de hojas secas y una cruz muy grande hecha con dos ramas de encina era lo que se veía en la cueva, conociéndose claramente en la demacración de la penitente y en su rostro descolorido y atezado las grandes privaciones que sufría. La mujer no había dado señal alguna por donde se pudiese colegir quién era ni les había preguntado nada tampoco á ellos. Los pasiegos le habían dejado algunas provisiones que llevaban y habían avisado á los vecinos de los caseríos que de vez en cuando se acercasen por allí para hacer lo mismo, única manera de que al mejor día no muriese extenuada de hambre aquella infeliz solitaria.

Teresa parecía haberse interesado mucho por aquella misteriosa mujer, sin saber por qué, hallándose decidida á ir en persona á visitarla. Así lo había hecho; pero sin encontrarla ya. Llena de curiosidad, sin embargo, había mirado por todas partes sin observar nada que revelara la presencia allí de un ser humano. No había nada absolutamente que pudiera dar el menor indicio de la condición de la penitente. La cruz estaba allí, pero no pasaban de ser dos ramas de encina. El montón de hojas secas también, pero no eran más que hojas secas. Todo quedaba envuelto en el más profundo misterio.

Teresa buscó nuevamente á la infeliz arrepentida, pero todo en vano, sin que nadie supiese darle razón de dónde pudiese haber ido.

Tal era el contenido de la carta, desde cuyo recibo se había sentido Pravia en extremo preocupado.

IV

Desde la plazoleta se dominaba enteramente el curso del río y los bosques en que habían peleado los combatientes de ambas partes. Veíanse las hogueras del vivac español, y al otro lado del río, tras de las colinas, el resplander del vivac francés. Llegaban hasta arriba, distintamente, las alegres coplas que cantaban los vencedores, ruido de guitarras y panderetas, carcajadas y voces.

Todo cesó al tocar *silencio* las cornetas. Ya no se oyó entonces más que el grito de los centinelas.

La noche era tempestuosa; había cesado la lluvia durante algunas horas, pero oíase el rumor de leja-

nos truenos y el cielo se mostraba preñado de negras nubes.

Empezaron á caer gruesas gotas, convirtiéndose en breve en furioso aguacero.

Pravia se retiró á la ermita, cuando de pronto creyó oír un grito de socorro á la otra parte del monte, ahogado en seguida por la poderosa voz del trueno.

Había sido un grito extraño; hubiérase dicho que de mujer; grito de terror extraordinario, de loco miedo.

El joven se dirigió hacia donde creía había salido aquella voz y vió relucir en la oscuridad como un círculo de ascuas...

—¡Tres lobos!—exclamó.—¡Adelante!

Las ascuas no se movieron, pero dejóse sentir un coro de feroces aullidos.

Pravia se fué acercando, pistola y sable en las manos.

Encontróse ya á pocos pasos y pudo ver lo que pasaba.

Una especie de sombra humana estaba recostada contra una roca, al pie de una cortadura, con los brazos extendidos hacia las fieras, que no parecía sino que gozasen en el terror de su víctima antes de arrojarla sobre ella.

Pravia disparó una bala á uno de los lobos y lo hizo rodar por el suelo.

Volvió á disparar con una segunda pistola y cayó otro.

El lobo que había quedado vivo huyó, sin esperar.

Todo había pasado en un momento.

Pravia estaba acostumbrado de niño á la caza de osos y de lobos y tenía certera puntería. La segunda bala había debido pasar casi tocando con la sombra.

Esta permanecía muda.

V

No había que dudar.

Aquella era la mujer de quien le había hablado Teresa en su carta.

La misma, sí; semi-desnuda, con la larguísima cabellera, demacrada, de fosco mirar y rostro tostado por el sol y la intemperie.

Todo esto había visto Pravia al fulgor de los relámpagos.

—¿Adónde ibais, buena mujer, con semejante tiempo?—dijo con cariñoso acento Ramón.

—Nada me preguntéis,—repuso ella.—Dejadme seguir mi camino. Dios os pagará lo que habéis hecho por mí.

—Con todo, bien necesitáis un momento de descanso.

—No.

—¿Pero adónde queréis ir ahora?

—Dejadme.

—Extraño es lo que decís. ¿Acaso pretendéis pasar á Francia?

—¡A Francia!—repuso ella con cierto espanto.—¡Oh, no! ¡No á Francia!

—Pues allí iréis si continuáis vuestro camino; sólo está el río en medio.

—Yo ya sé dónde voy.

—Permitidme, sin embargo, que os detenga aquí un corto rato. Mirad, aquí arriba hay una ermita y en ella podréis pasar la noche.

—Os agradezco vuestro cuidado, pero no puedo guarecerme nunca bajo techado ni hablar con ningún mortal.

—No trataré más, siendo así, de haceros faltar á vuestros votos, aunque no creáis por eso que deje de saber quién sois.

—¿Yo?

—Sí. Vuestra penitencia es excesiva; hay aquí un sacerdote y tiene poder para conmutaros esos votos.

—No quiero.

—Bien está, pero sabed que los centinelas no os dejarán pasar, ó bien pueden mataros, tomándoos por una espía francesa.

Aquellas palabras parecieron conmover violentamente á la desconocida.

—¡Yo espía francesa!—repuso.

—Sí.

—Me quedaré hasta ser de día.

—Enhorabuena. ¡Ea, seguidme!

—No, aquí mismo.

—Pueden volver los lobos.

—¡Los lobos!

—Vamos, buena mujer, seguidme.

La mujer siguió silenciosamente.

—No os verá nadie,—repuso Pravia.

Los dos siguieron por un sendero que conducía á unas ruinas detrás de la ermita; allí había existido

un cementerio, abandonado ya desde largos años.

—No os podréis quejar de que os lleve á ningún lugar profano,—dijo Pravia.—Esto era antes un campo santo. Esperad ahora un momento y no hagáis ninguna imprudencia.

El joven fué á buscar un pan, algunas rajadas de queso y un cántaro de agua y volvió adonde estaba la mujer.

—Comed algo y bebed,—repuso.

La desconocida obedeció, permaneciendo en una especie de estupor hasta que quedó dormida.

Pravia estuvo á su lado toda la noche, velando su sueño.

VI

A las primeras horas de la mañana y á la luz de los arreboles del alba, el joven pudo reparar mejor en la misteriosa penitente.

Era una mujer que parecía tener unos cuarenta años y conservaba restos de peregrina hermosura, por más que su rostro estuviese desfigurado por las huellas de largos padecimientos. El pelo presentaba numerosas hebras plateadas que contrastaban con la negrura del resto; los ojos estaban rodeados por un cerco casi negro; corrían dos profundas arrugas á cada lado de la ajada boca y en la frente se veían numerosos surcos que atestiguaban continuas preocupaciones.

Nada había comparable á la miseria de sus andrajos; veíase sobre sus carnes una especie de antiguo hábito blanco, hendido y roto por todas partes, dejando ver á intervalos la desnudez de dentro; cubría su cabeza un trozo de capuchón no menos maltratado, y estaban protegidos los pies por unos zapatos sin forma ni consistencia, encontrados quizás al acaso. Y, sin embargo, todo respiraba distinción en aquella mujer: la finura de la piel, la pequeñez de las manos y los pies, la mirada y la voz.

La mujer dió un suspiro y murmuró, sonriendo inefablemente, esta palabra:

—¡Estrella!

VII

Estremecióse Pravia al oír aquella palabra y miró con penetrante atención á la desdichada, cuyo sueño parecía el de una santa.

Estrella era el nombre de la esposa del brigadier Espinosa.

Y singular extrañeza... ¡no había duda!... los rasgos de su fisonomía eran idénticos.

Entonces recordó vagamente el joven que había oído hablar de cierta historia en que figuraba una monja que se había escapado con un jefe francés, añadiéndose que unían á la misma misteriosos lazos con la esposa del brigadier.

—¿Será ésa?—murmuró Pravia.—En este caso, ¡harto está penando para borrar su falta!

La mujer despertó, mirando llena de extrañeza á su alrededor.

Todo sonreía de nuevo; todo eran aromas y armonías.

—¿Habéis descansado, señora?—preguntó respetuosamente Pravia.

Miróle ella con extrañeza al oírse llamar señora, y respondió con tono que denunciaba su distinguida educación:

—Mil gracias, caballero; sí, he descansado muy bien; pero tengo la cabeza tan débil que de nada me acuerdo... ¿Dónde estoy?

—Estáis en el campamento español de San Marcial, señora, pasado San Sebastián.

—¡Ah! Sí. San Sebastián. Verdad. ¡Qué horror! Mas decidme... No sé qué quiero preguntaros...

—Hablad, señora, con toda confianza. Soy leal y deseo seros útil en alguna cosa.

—¿Sabéis... sabéis por dónde he de tomar para ir á Roncesvalles?

—¿A Roncesvalles? Lejos está todavía. Mas permitidme que os haga una ligera pregunta. ¿Puedo saber á quién buscáis?

—No, no busco á nadie...

—Siendo así, no insistiré; pero me permitiréis ofreceros una recomendación si la necesitáis.

—¿Una recomendación para alguien que se encuentra en Roncesvalles?—repuso con visible emoción la mujer.

—Sí, para uno de los jefes...

—¿Para uno de los jefes?

—Persona excelente, noble, en extremo honrado y caballero.

—¿Y es...?

—Es, señora... el brigadier Espinosa.

La mujer dió un grito y repuso, llena de agitación:

—¿Vos conocéis al brigadier Espinosa?

—Mucho que sí; he servido con él en Andalucía, Extremadura y Castilla.

—¿Y conocéis...?

—Conozco también mucho á otra persona.

—¡Decid! ¡Decid, por piedad!

—Creo que no os causaré ningún pesar si os digo que conozco también á su señora.

—Hablad, habladme de ella.

—¿Qué he de deciros? ¡Se os parece tanto!

La mujer bajó la cabeza y rompió á llorar amargamente.

VIII

—Señora,—repuso Pravia,—tranquilizaos, animaos y esperad aún días venturosos. Yo os conduciré adonde queréis.

—¡No, gracias! ¡Yo sabré encontrarlos!

—¿Pero sabéis bien que D.^a Estrella...?

—¡Oh! ¡Estrella! ¡Mi Estrella! Sí: está con su marido.

—Ved que Roncesvalles está convertido hoy en un campamento y que es un desfiladero de rocas casi inaccesibles; imposible que una mujer pueda subir allí.

—Ella está en Orbaiceta.

—¡Ah! ¿Pero lo sabéis bien?

—¿Cómo no saberlo? Vengo de las Jurdes caminando sin descanso de sol á sol, de noche muchas veces, y me he enterado cada día de dónde estaba el general Morillo, á cuyas órdenes sirve el brigadier. Estrella salió de Cádiz y estuvo en Salamanca poco después que hubieron salido las tropas aliadas, y á raíz de la batalla de Vitoria se puso en camino para reunirse con Ricardo. Ved si estoy bien informada.

—Verdad es, señora. Ahora bien, permitidme nuevamente que os acompañe; me dais pena al veros tan sola.

—Agradezco vuestro interés, pero he hecho voto de no hablar siquiera sino por pura precisión, y ya veis cuánto tiempo hace que estoy faltando.

—Votos absurdos; pero antes de separarnos permitidme, señora, que me atreva á dirigir os una observación.

—Decid.

—Perdonadme ante todo mi indiscreto atrevimiento, mas al veros de este modo, vuestra hija...

Bajó la cabeza la infeliz sin interrumpir al joven.

—Al veros en tan lastimoso estado vais á infligirle un dolor inmenso.

—¡Oh! No, mi hija no me verá, mi hija no me reconocerá; yo quiero verla, quiero besar sus manos antes de morir, quiero escuchar su voz, pero no quiero causarle la vergüenza de que ella se encuentre de nuevo frente á frente con su madre.

—¡Inútil precaución! Harto os reconocerá por más que pretendáis desfiguraros.

—¡Oh, Dios mío! Es que yo no quiero que me conozca...

—¿Queréis privarla de ese consuelo?

—¡Ah! Se avergonzaría...

—No, no lo creáis, se arrojaría á vuestros pies.

—¿Eso creéis?

—No lo creo, me atrevo á jurarlo.

—Gracias, gracias, caballero, por vuestras palabras. Decidme qué queréis que haga. Desde que me habéis dicho que mi hija no me rechazará, haré todo cuanto me mandéis.

—En este caso, y agradeciéndoos profundamente vuestra confianza en mí, os suplico os dignéis aceptar un nuevo traje y mi compañía.

—Disponed de mí.

—Esperad aquí mismo y yo volveré con todo lo menester.

Ramón de Pravia enteró á Porlier de lo que creyó conveniente poder decir, sin citar ningún nombre, y pidió permiso á su general para acompañar á aquella mujer hasta Roncesvalles, no habiendo para qué decir que el valiente general le concedió en seguida su venia, puesto que no era de esperar se reanudasen por de pronto las operaciones.

El joven oficial mandó á Irún por un traje de señora y entretanto bajó nuevas provisiones á la infeliz, cuyo semblante aparecía sumamente trasfigurado.

Al mediodía estuvo el traje en San Marcial, y la antigua abadesa de Santiago y Ramón de Pravia emprendieron en sendos caballos el camino de Navarra.



CAPÍTULO XVIII

Madre é hija

I

DESPUÉS de atravesar el valle del Baztán siguiendo las orillas del Bidasoa, llegaron los dos viajeros á Orbaiceta al cabo de dos días de fatigosa y no interrumpida marcha.

Era de noche cuando entraron en el pueblo, y Pravia recomendó á su compañera procurase contener su emoción para no dar lugar á que nadie sospechase la causa que la traía allí.

Durante el camino no había hecho Julia más que hablar de su hija, refiriendo á su compañero de viaje el motivo que la había impulsado á abandonar el castillo de la Beaune.

—La soledad en que quedé,—dijo,—hizo que me reconcentrara en mi conciencia; supe que la antigua amante de Saligny había partido á Rusia con ánimo de recobrar allí el perdido amor y me creí un obstáculo para que dos seres que podían ser felices no lo lograran por mi culpa. Escribí, pues, una carta á la condesa de la Chategnaire y mandé llamar á un fraile italiano para que me aconsejase qué resolución debía tomar. El padre Francesco me dijo que estaba en el caso de pedir perdón á mi hija y de romper para siempre con Octavio, entrando luego en un convento para hacer allí una vida de rigurosísima penitencia. La carta que escribí á Octavio era dura, demasiado dura quizás... No la escribí con el corazón, sino para que me aborreciera y me olvidara.

Tanta fué la impresión que me causó aquel fatal escrito, que caí gravemente enferma. Súpolo Estrella y vino á verme, pero se interpuso el padre Francesco y me hizo entender que yo debía renunciar para siempre á cuanto me ligase con el mundo y que me estaba prohibido pensar en nadie más que en Dios. Una noche, mientras dormía Estrella, huí del castillo, corrí á Salamanca, sufrí los más duros tratamientos en mi antiguo monasterio, y cuando me creí que no había ya más tormentos que padecer ni más humillaciones que apurar, y consultándolo antes con mi confesor, salí de allí y me dirigí á las Jurdes, viviendo de yerbas y raíces, padeciendo hambre, sed, frío, calor, falta de sueño, martirizándome, orando sin cesar. Así pasó medio año, cuando un día, me sentí atacada de una enfermedad mortal.

—¡Oh, no!—dijo Pravia.—Viviréis feliz muchos años...

—Mi mal no tiene remedio; moriré á la caída de las hojas. Esto despertó en mí deseos invencibles de ver á mi hija una vez más, una sola vez. Supliqué á mi confesor me concediese esta gracia y así lo hizo. Iba á marchar á Cádiz cuando supe que Estrella salía de allí; dijéronmelo en Ciudad Rodrigo unos amigos á quienes se lo había participado Estrella, los cuales no me reconocieron bajo los andrajos con que pedía limosna; fuíme á Salamanca

creyendo que pasarían por allí. ¡Ay, había pasado ya! Entonces fui tras ella preguntando á cada momento, buscando los caminos desiertos para que no me detuvieran ni los guerrilleros ni los franceses, hasta que al llegar la otra noche á San Sebastián ví que estaba ardiendo. Seguí mi camino, extraviéme por los bosques y estaba á punto de ser devorada por los lobos cuando acudisteis en mi auxilio...

Pravia había procurado infundir esperanza á la pobre mujer y se sintió hondamente conmovido con la relación de su triste vida.

II

Luego de haber dejado instalada á Julia en la posada dirigióse Pravia á Roncesvalles, sin reparar, en la oscuridad de la noche, llevando por guía á un contrabandista, conocedor del terreno.

Llegaron allí al amanecer y lo primero que hizo el joven fue presentarse al brigadier Espinosa, que se encontraba instalado en una *borda* ó cabaña de miserable aspecto.

Espinosa quedó sorprendido en extremo al ver al valiente asturiano, conociendo que alguna grave novedad motivaba su presencia.

—¿Capitán, qué ocurre?—preguntó.

—Mi brigadier, desearia estuviésemos á solas.

—A solas estamos, hablad.

—Es el caso que la madre de vuestra esposa se encuentra cerca de aquí, deseosa de ver á su hija, cosa que yo no he querido realizara hasta saber vuestra determinación sobre este punto.

El joven explicóle brevemente todo lo ocurrido y Espinosa contestó:

—Habéis obrado con todos los miramientos naturales en un tan cumplido caballero como sois; por lo demás, creo comprenderéis claramente que en modo alguno puedo oponerme á la voluntad de una desgraciada. Id, pues, y avisad antes á Estrella.

Pravia se despidió del coronel y bajó corriendo á Orbaiceta á participar á la esposa del brigadier la próxima llegada de su madre.

III

Estrella había abandonado á Cádiz, como sabemos ya por la conversación tenida por Julia en el camino, así que empezó la campaña destinada á barrer á los franceses allende el Pirineo.

La joven no había perdido ninguna de sus cualidades, pero una profunda tristeza había venido á velar la expresión de su fisonomía, tristeza dimanada del pensamiento en su madre cuyo paradero ignoraba por completo desde que desapareció de su lado, en el castillo de Saligny, mientras ella dormía. No sabía absolutamente Estrella qué camino ni qué resolución había tomado ni qué movil la había impelido á abandonarla tan bruscamente sin dejar ni una seña, ni un solo testimonio de cariño. Pensaba á veces no hubiese marchado á Rusia y perecido allí; otras veces se figuraba no estuviese de nuevo en el convento de Salamanca, pero aunque así era la verdad, había significado la pobre arrepentida el deseo de que no se revelara su presencia allí y por esta razón no lo había sabido la desconsolada hija. Con todo, y por una secreta intuición, imposible de atribuir á indicio alguno y propia únicamente del instinto, había acabado por creer que su madre debía estar entregada á dura penitencia, pues era imposible que pudiese perseverar en la vida sacrilega que por una verdadera fatalidad había debido hacer por aquellos últimos años.

Encontrábase Estrella en un balcón mirando las cumbres de Roncesvalles, llenas de terrible majestad, cuando vió dirigirse hacia la casa que ocupaba al joven ayudante de Porlier, á quien conocía mucho de Oviedo y Cádiz, y lo mismo que Espinosa, presintió que le traía allí algún grave negocio.

El joven se presentó ante la interesante brigadiera, que le recibió con la mayor afabilidad, aunque poseída de profunda emoción.

—Señora,—dijo,—acabo de llegar en este momento de Roncesvalles, donde he tenido el honor de ver al brigadier y puedo en consecuencia daros las mejores noticias respecto á su estado.

—Gracias, capitán,—repuso Estrella.—Creo, sin embargo, que más tendréis que decirme todavía.

—Os he participado, señora, que había visto á vuestro esposo para que estéis enteramente segura de lo que voy á anunciaros.

—Concluid... No sé si me atreva á pensar lo que me parece queréis decirme...

—Comprenderéis que si una mala noticia afecta profundamente, no menos afectan á veces las mejores...

—¡Ah! ¡Mi madre!... ¿Verdad? ¿Verdad que sa-

béis dónde está mi madre? Corramos, capitán...
¡Dios os bendiga!

—Sí, vuestra madre... que espera el momento de arrojarse en vuestros brazos...

—¡Oh, madre mía! ¿Dónde estás?...

—Tened valor. Vais á verla en seguida...

—No, quiero ir con vos.

—Imposible... Todos se enterarían... Aguardad un solo momento.

Estrella quiso seguir al capitán, pero éste había ya desaparecido.

Fuése corriendo á la posada, donde encontró rezando á Julia.

—Vamos, ha llegado la hora,—exclamó alegremente Pravia.

Medio desvanecida ella, cogióse del brazo del capitán y dirigiéronse á casa de Estrella.

La jóven, que se había quedado en su cuarto rezando también, dió un grito al ver aparecer á su madre en el dintel de la puerta, impresionada por la demacración de su semblante y las hondas huellas dejadas en todo su cuerpo por las ásperas mortificaciones á que se había entregado.

Las dos mujeres se arrojaron en brazos una de otra, sin fuerzas para hablar, llorando silenciosamente.

IV

Julia se había arrodillado á los pies de su hija y le besaba ardientemente las manos; la joven no había reparado en ello por tener ocultos los ojos con el pañuelo con que se enjugaba el llanto, pero así que vió á su madre en aquella actitud, levantóla como si fuese una pluma, sentóla y se postró ante ella, obligándola á no moverse de como estaba.

Pravia se había retirado, afectado por aquella escena.

Las dos mujeres no hacían más que mirarse y besarse á cada momento.

—¡Madre!

—¡Hija de mi alma! ¡Estrella! ¡Niña mía!

Tales eran las únicas palabras que se dijeron durante muchas horas, que se deslizaron con la rapidéz de la dicha más celeste.

La intemperie había curtido el rostro de la penitente, antes blanco como la leche, y las privaciones le habían enflaquecido su cuerpo, modelo un tiempo

de suaves redondeces, lo cual hacía que se pareciese extraordinariamente á Estrella, cuyo rostro tri-gueño y esbelto talle describimos ya.

—¡Oh, madre! Siempre he pensado en vos, en vos solamente.

—Y yo en ti, siempre, vida mía; no han sido las penitencias ni los dolores los que me han hecho sufrir, Estrella mía; ha sido mi único tormento no verte, pensar lo mal que me juzgarías, pensar que me maldecías quizás...

—Nunca, madre mía, nunca... Lo mismo que estaba sucediendo he pensado siempre.

—Para todo he tenido fuerzas menos para llevar hasta el extremo el sacrificio de no poder verte una vez más.

—Gracias, madre mía. Pero no erais vos sola la que sufriais con esto, también yo experimentaba ese gran dolor.

—¡Cuán feliz soy ahora, en cambio!...

—Y lo seréis siempre; nunca más os habéis de separar de mí.

—¡Ay! ¡Desdichada!

—¿Por qué decís eso?

—Nada, no hagas caso.

—¿Pensáis, quizás, abandonarme de nuevo, volver á esa horrible vida?...

—No, no me moveré más de tu lado.

—Olvidadlo ya todo, no penséis más que en mí y yo no pensaré más que en vos.

—¡Eres un ángel!

—Una santa, vos.

—Desgraciadas fatalidades han sido las que se han opuesto hasta hoy á nuestra dicha.

—Todo cambiará ahora.

—Un momento solo como los que estoy pasando, basta á hacerme creer, sin embargo, que soy la más dichosa de las madres.

—Lo seréis siempre.

—¿Tú crees que Dios me lo habrá perdonado todo?

—¡Oh, sí! ¡Cuánto no habéis sufrido!

—Si quisiera tener piedad de mí...

—¿Qué? La tendrá, madre mía, Dios es bueno.

—Ruégale por mí, Estrella mía.

—Todos ven que soís una mártir.

—¡Si esta dicha de ahora pudiese gozarla tan sólo un corto tiempo!...

—¿Qué decís?

—Pero no será. ¡Ay de mí!

—Abandonad esas ideas. Ya veréis que buena os pondréis en seguida...

—No quiero afligirte, vida mía. No, no hablemos más de estas cosas.

—Son tristes huellas de vuestros pasados sufrimientos que se disiparán al soplo de la felicidad presente.

—Dios te oirá, hija mía.

—¿Por qué no os ha de oír también á vos si se lo rogáis?

—¡Ah! ¡Qué desgracia fué la de tener que separarte de mi regazo cuando naciste!

—Después os encontré y me pareció que siempre había estado junto á vos.

—Si nunca hubiese estado yo separada de tí, ninguna mujer hubiera sido más dichosa ni más honrada.

Así estuvieron hablando largo rato madre é hija, olvidadas de cuanto pasaba y confundidas en un solo pensamiento.

Al caer de la tarde Pravia se despidió de ellas sin querer escuchar las palabras de infinito reconocimiento que ambas le dirigían y volvió á incorporarse con Porlier.

V

Los presentimientos de Julia eran harto fundados, por desgracia. Los largos meses que había pasado en aquella áspera penitencia, las profundas conmociones experimentadas por su espíritu y la tristeza infinita que la agobiaba sin cesar habían minado su salud, acabando por engendrar una de esas terribles enfermedades que zapan sordamente lo existencia y no perdonan.

Era visible que la ex abadesa de Santiago enflaquecía más de cada vez. Aunque la sonrisa no desaparecía nunca de sus labios, era tan honda la tristeza de su rostro que todavía aumentaba la compasión que inspiraba aquel pobre ser.

La frescura de aquellos valles contribuía, sin embargo, á demorar el desenlace de la enfermedad.

Fueron llamados varios médicos para examinar el estado de la enferma y todos hicieron los más funestos augurios.

Uno de ellos, sin embargo, manifestó ciertas esperanzas en el uso de unas aguas no muy lejos de allí, cuyo empleo recomendó eficazmente á la enferma.

—Id á Panticosa,—exclamó el galeno.—No estaréis allí con gran comodidad, pero quizás podréis encontrar todo el remedio que buscamos.

Así se hizo, en efecto. Las aguas parecieron obrar con virtud maravillosa y la pobre mujer se encontró altamente mejorada.

Sucedía esto á mediados de septiembre, en cuyo punto dejaremos esta relación para reanudarla oportunamente.

Estrella y su madre regresaron á Orbaiceta.

Las tropas españolas conservaban las mismas posiciones que el 31 de agosto y se disponían á entrar en Francia, gran suceso que narraremos más adelante y que parecía imposible hubiese podido ocurrir al pensar que hubo un momento, después de Ocaña, en que sólo estaba libre del dominio napoleónico aquel sagrado pedazo de tierra llamado Cádiz, paladión de nuestra independencia, cuna de la libertad. Aquel rincón de España había sido la palanca para derribar al coloso que disponía de los destinos de Europa desde el Vístula al Guadiana. Cádiz había sido el muro resistente en que se habían estrellado las legiones imperiales, como se estrellaban también las olas del Océano. Aquel extremo de España debía levantar á la patria en peso del abismo á que estaba abocada; aquella punta de Europa debía servir de punto de apoyo á Europa entera para arrojar á Santa Elena al feroz asesino del duque de Enghien, inhumanamente fusilado, como otros, para dar gusto á la sed de sangre, á la monomanía homicida del tirano...



CAPÍTULO XIX

Más hazañas de Suchet

I

HABLAMOS ya del malogro de la tentativa de Murray para apoderarse de Tarragona, en poder del francés desde el 28 *de junio* del año 11, día eternamente fatídico, día de luto y de tristeza, día de maldición y día de odio inextinguible contra el bárbaro ordenador de las matanzas, día que todo catalán no dejará jamás de recordar, preñado el pecho de irreconciliable aborrecimiento y de lastimoso duelo.

La situación de la ciudad había sido desde entonces la propia de todos los pueblos que gimen bajo el peso de sanguinario despotismo. Todo eran exacciones, arbitrariedades, encarcelamientos, destierros, espionajes, vergonzosos tratos, irritantes precauciones, despotismo, y como obligado cortejo, la miseria, que tales son los males fatalmente inherentes á todo régimen basado en el poder de la fuerza bruta.

A fines de julio los aliados tenían estrechada completamente la plaza, formando la línea de cerco los mallorquines de Wittingham, una división del tercer cuerpo al mando del príncipe de Anglona y los anglo-sicilianos de Bentinck, el cual general ejercía el mando en jefe. Encontrábase por su parte, cercano allí, el bravo y caballeroso Copóns, que causaba incasantes pérdidas y privaciones al enemigo cogiéndole convoyes y estorbándole sus comunicaciones.

La plaza estaba mandada por Bartoletti, y su guarnición se componía de italianos, tropa más odiada por los naturales que los mismos franceses.

El general Bentinck era un hombre á propósito para todo menos para la guerra, y no porque dejase de tener un valor personal extraordinario, sino por el horror que le inspiraba toda idea de derramamiento de sangre. Era un varón sencillísimo en sus costumbres, enemigo del boato, dulce, caritativo, verdadero *cuáquero* convertido en jefe de un ejército.

II

Era también un liberal sincero, ó como se decía entonces en Inglaterra un *radical*; lleno de espíritu justiciero, probo, honradísimo, cualidades eminentes, sin duda, pero no precisamente las más indispensables para ejercer el mando de tropas en campaña. La sangre le causaba horror y colocaba á Napoleón entre el número de los mayores monstruos que hubiesen afligido como una plaga á la humanidad. Filósofo profundo y hombre de una ilustración vastísima, entristeciase á la idea de que había que sacrificar vidas humanas en aras de la ambición de aquel déspota. Lord Bentinck estaba pintado en una palabra: no era un inglés, era *un hombre*; no era un militar de profesión, era un general que defen-

día la causa de la justicia, poseído de horror á la guerra.

No eran ésas ciertamente las ideas ni las intenciones de Suchet. ¡A buena hora venirle á éste con liberalismos ni respetos á la vida humana! Suchet había sacado tajada del sitio de Tarragona; era mariscal, habíase erigido en califa de Valencia, y al solo pensamiento de perder su Barataria, se encozaba y hubiera destruido medio mundo.

—Si tengo que soltar á Tarragona,—exclamó,—sólo les dejaré un montón de ruinas.

III

Un hombre había, empero, que se encargaba de parar un poco los pies al impetuoso duque de la Albufera, y este hombre era D. José Manso, aquel gran catalán que tanta gloria consiguió para sí y tantos beneficios prestó á la santa causa de la independencia española, hombre cuyas hazañas recuerdan las de los antiguos héroes caballerescos á pesar de ser humilde su linaje, y cuyo nombre es objeto de perenne veneración por parte de todos los buenos patriotas.

El 7 de agosto había atacado Manso á un batallón de italianos que custodiaban los molinos harineros de San Sadurní. Aquellos molinos proveían en grandísima abundancia á los franceses y convenía á toda costa inutilizarlos; 700 hombres estaban encargados de su defensa: 400 fueron muertos ó quedaron prisioneros y toda la harina fué repartida entre los paisanos. La acometida había sido tan de súbito que antes de que tuviesen tiempo de apercibirse de ello ya tenían encima á los terribles guerrilleros catalanes.

—Si Manso llega á meterse en Tarragona,—pensó Suchet,—va á hacer alguna de las suyas. Jamás perdonará los fusilamientos de soldados que mandé ejecutar en Molins de Rey, ni los ahorcamientos de paisanos y mujeres que creí oportuno verificar para seguir *aterrando* al país. No hay más remedio, es preciso sacar de allí á Bartoletti y á sus dos mil italianos; si ahora de 700 sólo ha dejado 300, ¡diablo! ¿qué haría con 2,000?

Y he aquí por qué el mariscal Suchet decidió volar sin más tardanza en socorro de Bartoletti, llamando á Decaén para que saliese de Valls con su división, á Mauricio Mathieu para que viniera de

Barcelona y á Maximiliano Lamarque para que en seguida se pusiese en camino desde Lérida, formando un total de 30,000 veteranos con inmensa caballería.

Al ver reunidas tantas fuerzas delante de sí, puso Bentinck sus tropas en orden de batalla delante de Tarragona,

caló el chapeo, requirió la espada,
miró al soslayo, fuése

y emprendió la retirada hacia los desfiladeros del Hospitalet, perseguido por el duque de la Albufera; no pasó, sin embargo, más adelante, «pensando sólo Suchet,—dice Toreno,—en demoler y evacuar á Tarragona.»

IV

El 18 de agosto encontrábase Suchet dentro dicha plaza, que encontró casi desierta, gracias al alejamiento de las clases *acomodadas* y al terrible degüello de que habían sido objeto dos años antes las clases *incomodadas*.

Como siempre, pagaban el pato los pobres y menesterosos, que no sabiendo á qué prócer ni personaje acudir para remediar su miseria, habían acabado por poner su confianza en el inclito San Magín, cuya imagen pintada á la pared se veneraba y sigue venerando en una capilla situada en lo más alto de la ciudad.

Suchet sintió no encontrar ocasión oportuna para darse de nuevo el gusto de unos cuantos ahorcamientos y fusilamientos (hay gente que parece gozar en esto), y así no sabiendo cómo desahogar su mal humor mandó volar todo lo que pudiese recordar algún hecho notable de la ciudad.

La noche del 18 al 19 los habitantes de la ciudad, que ya se temían alguna nueva hazaña del feroz *Chuchet*, despertaron despavoridos al horroroso estruendo de cien y cien minas que reventaban casi al mismo tiempo ocasionando la voladura de un sinnúmero de edificios.

Eran la apoteosis de la dominación bonapartista. La torre del Patriarca, inmenso palacio que servía de residencia arzobispal y en el cual había pernoctado Francisco I cuando iba camino de Madrid, prisionero en Pavía, caía para siempre convertida en una verdadera montaña de escombros; caía gran

parte del palacio de Augusto, no quedando de él más que el actual *castillo de Pilatos*; volaban las murallas y los fuertes y ardian los archivos notariales.

Al amanecer la ciudad asemejaba á un volcán; contemplada desde fuera veíase salir de todo su recinto una inmensa columna de humo y llamas, semejante á un cráter.

Los habitantes huían despavoridos por entre las ruinas, que se desplomaban con fragoroso estruendo, y lanzaban terribles imprecaciones contra el francés que de tal manera emulaba la rabia destructora de los bárbaros que en antiguos tiempos tantas veces arrasaron la gran metrópoli española.

V

Mientras esto ocurría en la ciudad, acaecía una escena muy distinta en el fuerte del Olivo, volado y abandonado desde el día anterior.

Daban las tres de la mañana y era profunda la oscuridad que reinaba; sin embargo, es costumbre en los labradores salir á aquella hora para dirigirse á sus trabajos, y éste era el motivo por qué se encontraba en tal instante pasando contiguo al fuerte un honrado labriego llamado Roque Simó que se dirigía á una de las viñas cercanas al Olivo.

Iba el buen hombre á pie, con la azada al hombro y la bota al costado, cuando creyó oír golpes de azadón en el ángulo posterior del fuerte contiguo al camino de la Secuita.

—¿A qué vendrá cavar aquí á tales horas?—preguntóse Roque.—No creo que intenten sembrar nada en el fuerte. ¿Enterrarán algún muerto?

El labrador, lleno de curiosidad, procuró ocultarse bajo de un frondoso algarrobo cuyas ramas llegaban al suelo formando dentro un verdadero pabellón donde se podía dar un baile, y esperó ver en qué paraba aquello.

De pronto apareció en el adarve de la muralla una figura que se destacaba vigorosamente sobre el fondo del cielo, débilmente iluminado ya por las primeras luces de la mañana.

—¡Cuerno!—exclamó Roque.—¡Es un general francés! La cosa promete.

Al poco rato el general salía á caballo bajando á la ciudad y Roque entraba sigilosamente en el castillo, viendo desde allí la inmensa humareda que

salía del casco de la población y oyendo las incessantes detonaciones de las minas que reventaban á cada momento.

VI

Luego oyó ruido de tambores y músicas y distinguió una columna francesa que marchaba por la carretera de Barcelona.

—Ya están fuera,—continuó diciendo Simó, reducido al empleo del soliloquio.—¡El diablo cargue con todos ellos!

El labrador se dirigió hacia el sitio donde creyó debía haberse abierto el hoyo, pero nada vió por de pronto que le indicase el lugar preciso. Todo el suelo estaba cubierto de pedruscos en una grande extensión.

El trabajo prometía ser largo y Roque temía le sorprendiera alguien y quisiera ser participe en el tesoro, pues estaba cierto de que se trataba de un tesoro enterrado allí por el general.

Ya el sol picaba de lo lindo y pasaban sin cesar por el camino numerosos carros con dirección á Tarragona, conduciendo familias que iban á oír misa en San Magín, cuya festividad acertaba á ser aquel día.

Roque resolvió dejar su faena para la noche, no alejándose, empero, del Olivo para vigilar su querido descubrimiento.

Al anochecer fué á casa, dejando oculto el azadón en el algarrobo, y volvió al cabo de una hora con una piqueta y un rollo de cuerda.

VII

A las diez de la noche Roque Simó se dirigió de nuevo al paraje donde había visto por la mañana al general; desembarazó el terreno de las piedras de que estaba lleno y comenzó á cavar, á la buena de Dios.

Por más que ahondaba el hoyo, nada encontraba sin embargo.

Así pasó gran parte de la noche sin resultado alguno en sus excavaciones.

De pronto creyó oír ruido, cesó en su tarea y prestó atención.

Nada más volvió á percibir, sin embargo.

—¡Bah! Será algún conejo,—se dijo para sí,—pues

no creo que *las almas* del cementerio tengan ganas de cansarse subiendo esta empinada cuesta.

Hay que advertir que el cementerio de Tarragona está al mismo pie del cerro en cuya cima se levanta el fuerte.

Tranquilizado con esta reflexión algo materialista volvió Roque á continuar su ruda faena.

Oyóse de nuevo el ruido.

Esta vez sí que Roque tuvo miedo.

Miedo que aumentó espantosamente al ver que adelantaba lentamente hacia él una visión horrible.

¡Un fantasma!

Pero un fantasma clásico, envuelto en una sábana blanca, con la cara enharinada, ajos en los dientes, una vela en una mano y una guadaña en la otra.

—¡Muerto soy!—exclamó Simó que cayó de rodillas, más de miedo que por reverencia.

El digno labrador recordó entonces la fórmula que debía dirigirse á los fantasmas.

—*¿Qué voleu de la part de Dèu?*—exclamó tiritando de terror.

—*¡Que no tornis may més aquí!*—repuso la aparición con voz sepulcral.

—Este fantasma es catalán,—pensó Roque para sus adentros, y recogiendo sus fuerzas en un sublime rasgo de valor, echó á correr con toda la ligereza propia de un alma que ha estado á punto de llevarse el diablo.

Roque no quiso pasar por delante del cementerio y tomó por otro camino, llamado del Ángel, ávido de referir cuanto antes á su familia el tremendo caso.

VIII

Apenas el fantasma hubo visto la velocidad con que Roque tomaba las de Villadiego, despojóse de la sábana, quitóse los ajos de la boca, dejó con cuidado la guadaña en el suelo, y valido de la vela miró con atención el trabajo hecho anteriormente por Simó.

—Un labrador no conoce tan bien como un sepulturero dónde se ha enterrado algo,—exclamó, y con segura decisión apartóse algunos pasos y dió principio á una excavación nueva.

A seis palmos de profundidad vió una caja de hierro.

—Este difunto no está bien aquí,—continuó diciendo;—que vaya al campo santo.

El ex fantasma cogió la caja y bajó con ligereza la cuesta, entrando familiarmente en el cementerio.

IX

—Ahí está el sepulturero, con una caja que no es para enterrar,—dijo el hombre, dirigiéndose á una mujer que estaba á la puerta.

—¿De veras, marido, habéis encontrado algo?

—¿Pues no lo ves, Tecleta?—repuso el hombre. ¿No ves qué caja? ¡Y pensar que si no llegamos á celebrar la noche de San Magín no hubiera oído ruido en el Olivo y el pobre Roque hubiera cargado con los grandes tesoros que, sin duda, contendrá esta caja! Yo prometo mandarle decir un oficio á San Magín en pago del beneficio que nos ha proporcionado. ¡Un milagro! ¡Un verdadero milagro! Pero ya estoy impaciente por saber qué hay aquí dentro.

Con destreza suma hizo saltar el sepulturero la cerradura del cofre, abriendo la misteriosa caja.

La cara que puso el desdichado al ver lo que contenía, sólo puede compararse á la que puso su mujer.

¡El cofrecito no contenía más que papeles!

X

—¡Te has lucido!—exclamó la esposa, saliendo de su estupor, con tono lleno de rabieta.

—Sin embargo, quizás esos papeles digan algo que nos pueda hacer ricos. Espera, voy á leer uno, pues todos son iguales: *Banque de France*... ¡Bah! Al fuego todo esto, ¡ni siquiera serviría para hacer milochas los chicos!

Y el sepulturero con la mayor frescura del mundo encendió un papel en el candil que alumbraba la cocina é hizo una hoguera con tres millones de francos, escondidos en el Olivo por el general Marini.

XI

La tarde del día siguiente entró en la plaza el general Sarsfield, ocupándose en seguida, ayudado del paisanaje, en descombrar el recinto y apagar el incendio de las casas que seguían ardiendo todavía.

Lord William Bentinck volvió del Hospitalet y se enderezó á Villafranca del Panadés, ayudado por

Copóns, que se había situado á su izquierda, campando por Martorell y San Sadurní, puntos en que se encontraba también el coronel Manso. Suchet habíase entretanto establecido en la línea de Llobregat, construyendo varios reductos en la ribera izquierda y fortificando formidablemente la cabeza del puente de Molins de Rey.

Las divisiones del ejército que se habían encon-

trado en Cataluña, fueron enviadas al Norte por orden del generalísimo, por lo cual quedó encargada del sitio de Tortosa la quinta división del segundo ejército al mando del *Empecinado*. El duque del Parque, general en jefe del 3.º y poco afortunado siempre después de la victoria de Tamames, fué sustituido en aquel puesto por el príncipe de Anglona.



CAPÍTULO XX

El hostal del Xipreret

I

BENTINCK se encontraba, como hemos dicho, en Villafranca, á donde había llegado á fines de agosto.

Tenía á sus órdenes una fuerza de rara composición, á saber: un regimiento británico, otro regimiento calabrés y una brigada de la división española de Sarsfield, al mando de D. José de Torres.

El general inglés pensó que para ponerse á cubierto de todo ataque ofensivo de Suchet, era lo mejor fortificar el escarpadísimo puerto de Ordal, por donde pasa la carretera de Barcelona á Valencia, y así lo hizo.

Es aquel un terreno áspero y montuoso, cubierto de bosques que lo hacen propio para sorpresas y emboscadas. En lo más alto de la cima está una elevada cruz llamada la *Cruz de Ordal*, desde donde se descubre un inmenso territorio: el llano de Barcelona, la ciudad, la costa de Levante y de Poniente, el Panadés y el curso del Llobregat desde las faldas de Montserrat. La montaña está cortada por profundas regatas y precipicios que ocasionan vértigos. Un puente de dos filas de arcos superpuestos y elevadísimos, une dos montañas separadas por profundo abismo.

Tal era el sitio elegido por el general inglés para servir de resistencia á cualquier intentona del enemigo. Dista Ordal tres leguas de Villafranca.

Bentinck colocó al regimiento calabrés en un reducto antiguo, armado con cuatro cañones pequeños, junto á la Cruz; el regimiento británico se acomodó á la derecha y la brigada española á la izquierda.

Así quedaron establecidas las fuerzas aliadas, esperando de un momento á otro la aparición del enemigo.

II

Subiendo por la parte de Barcelona y en el punto en que empieza lo más fragoso del puerto, había en la época de que hablamos un mesón, ú *hostal*, llamado del *Xipreret*, cuyo nombre no hay para qué decir había recibido de un ciprés que allí había.

Era una casa viejísima ya entonces, de tosca construcción, grande, compuesta de planta baja, un piso y el desván. Un ancho portalón y varios balconillos, caprichosamente abiertos sin orden ni simetría, con barandas de madera pintadas de azul, interrumpían la monotonía de las denegridas paredes de la fachada, que terminaba en una punta coronada por un jarro de alfarería barnizado de verde. Poyos de piedra junto á la puerta, un pozo, un lavadero y una balsa al lado de la casa, un carro, bajo el cual se veía siempre echado á un enorme perrazo, y varios pucheros convertidos en macetas,

donde florecían claveles, albahacas y pensamientos formaban el primer término de la decoración, cuyo fondo constituían los pinares, que iban elevándose hasta la cima y cuya espesura se veía interrumpida por los zigzags de la polvorienta carretera.

Mucho tiempo hacía que los moradores del mesón no habían visto pasar por delante de la casa ningún trajinante ni viajero, sino únicamente regimientos franceses ó bien soldados de Manso, amén de alguno que otro vecino de Cervelló ó de Vallirana, que se arriesgaba á llegarse hasta alguna casa de Ordal para sus negocios. Esto era muy raro, sin embargo, por manera que lo más común era que pasasen meses enteros sin que discurriese nadie por la carretera.

Los domingos veíase salir del hostel del Xipreret á dos mujeres, madre é hija, cubiertas con capuchas de lana blanca, que bajaban á Vallirana á oír misa, ó cuando no, se dirigían á la iglesia de Ordal, escondida entre los pinares.

Era uno de los primeros días de septiembre y las dos mujeres no faltaron á su piadosa obligación, encaminándose aquel día á la iglesia del pueblo, cuyas casas se encuentran sumamente diseminadas.

Los calabreses, apostados en el reducto de la cima, habían puesto varios centinelas en los contornos, y uno de ellos dió la voz de:—*¡Quién vive!*—á las dos mujeres, contestando la más joven con las palabras de costumbre.

El alba iluminaba con su dulce claridad aquel paisaje, siempre agreste y melancólico, y á su luz miráronse la joven y el soldado, ella movida por el extraño traje del siciliano y éste con no disimulado interés, ya dependiese de la belleza de la niña, que era mucha, ya de las magníficas arracadas de esmeraldas que llevaba, indicio de su buena posición.

El centinela fué relevado á poco de haber entrado en la iglesia las dos mujeres; éstas oyeron misa y se volvieron á casa apretando el paso á causa del extremado calor que se dejaba sentir, pues ya había salido el sol.

El calabrés salió del reducto, miró el camino que tomaban madre é hija, y siguió tras de ellas.

III

Era quizás algo expuesto alejarse tanto del puerto, pero no parecía importarle esto un ardite al

extranjero, que sin fusil ni arma alguna visible iba bajando por los rápidos zigzags de la carretera, sin perder de vista á las dos mujeres.

Estas entraron entonces en el mesón, no muy tranquilas, al parecer, respecto al seguimiento de que eran objeto por parte de aquel extraño militar.

El calabrés no se paró en barras y llegó hasta la puerta, sin hacer caso de los feroces aullidos del perrazo, que demostraba intenciones de todo punto hostiles contra el inesperado visitante.

No pareció muy satisfecho el italiano cuando en vez de la joven se encontró con que salía á recibirle el hostelero, hombre de más que mediana edad, rudo aspecto y ceñuda fisonomía, representando en su conjunto el tipo de los montañeses catalanes, lo mismo en traje que en figura.

—¡Calla, *Negre!*—exclamó dirigiéndose al mastín.—¿Qué queréis?—repuso luego, dirigiéndose al soldado, usando la lengua catalana.

El calabrés no se dió por vencido ante la aspereza que demostraba el mesonero, y con asombro de éste contestóle en catalán también, si bien con marcado acento italiano:

—He de hablaros.

—Cuando gustéis.

—Á solas.

—Á solas estamos ya.

—Pueden oírnos las mujeres. Alejadlas.

—Mis mujeres no escuchan. Decid ya de una vez qué es lo que os trae.

—Conviene que un hombre decidido á todo vaya á Martorell. Se pagará bien el servicio.

—¿Qué servicio?

—Llevar un parte.

—¿Á quién?

—Al coronel Manso.

—¿Y quién sois vos para poder mandar partes á Manso?

—Es que quien debe ir soy yo, pero no sé el camino.

—Pues que vaya otro que lo sepa.

—Podríaís acompañarme vos.

—No puedo.

—¿Por qué no podéis?

—Porque... no quiero.

—Mirad que está en mi mano obligaros á ello por la fuerza.

—Soy un hombre honrado y no quiero sufrir vuestras amenazas. ¡Salid de aquí!

—Quien saldrá seréis vos.

—¿Yo? ¡Estáis loco!

—No lo creáis...

Oyéronse en esto fuertes ladridos del perro.

—¿Quién vendrá por ahí?—murmuró el mesonero dejando al soldado en el zaguán y saliendo afuera.

Cuatro calabreses se dirigían á todo correr hacia el hostel.

IV

Sus fachas poco tranquilizadoras hicieron recelar al mesonero no tratasen de jugarle una mala pasada, y así se disponía á cerrar la puerta cuando oyó gritos en la habitación que ocupaban las mujeres en el primer piso.

Corrió en seguida, subiendo precipitadamente las escaleras, sin cuidarse ya de cerrar la puerta, y vió á su mujer y á su hija arrodilladas ante el calabrés, que cuchillo en mano exigía el dinero y las joyas.

Volvióse el miserable al oír los pasos del hosteleiro y dijo:

—No hagáis resistencia. Venga todo lo que tengáis en onzas y alhajas.

Ya en esto se oía subir á los cuatro restantes facinerosos, que se habían desembarazado del perro á cuchilladas.

Cogieron al mesonero y lo agarrotaron bárbaramente en una silla, haciendo lo mismo con su esposa, procediendo en seguida con avidez á registrar los cofres y arquimesas, pero sin encontrar dinero.

—¿Dónde están los cuartos?—exclamó el calabrés que había llegado primero.

—No tengo,—repuso el dueño.

—Os dejaremos á los dos durante cinco minutos para que decidáis, y si acaso no viene eso, podréis daros por muertos, pero no de un tiro ni de una cuchillada, sino en medio de los mayores tormentos. En cuanto á la muchacha, que venga con nosotros á servirnos el almuerzo.

La joven miró á su padre de cierto modo y siguió sin replicar á los bandidos, que se instalaron en la cocina, situada al extremo opuesto de la habitación en que estaban detenidos los padres.

Avezada á servir á toda clase de gentes de no muy escogido trato, no pareció Felisa, que así se llamaba la hija de los venteros, sentirse muy corrida por las groserías de los comensales, ni había tampoco perdido gran cosa la serenidad á pesar del espantoso trance en que se encontraban ella y sus padres.

El vino corría en abundancia y se habían apurado ya varias azumbres.

—Esperad que os traiga más,—dijo Felisa.—Voy á la bodega á llenar otra vez este porrón. Bebed sin cuidado alguno, pues todo se arreglará y os volveréis con los bolsillos bien llenos de onzas.

Felisa salió, fuése á la bodega y apareció de nuevo al cabo de un minuto, llevando en una mano un porrón y sosteniendo con la otra un objeto envuelto en el delantal.

—Bebed, mientras pongo en fresco esta sandía,—repuso, dejando el objeto dentro un cubo.—Voy por agua al pozo.

Apenas había salido Felisa, cuando resonó un horrorosísimo estampido, volando toda la parte de la casa donde correspondía la cocina, pero sin sufrir daño la restante, donde estaban los viejos.

La sandía era una granada que hacía poco tiempo se había llevado el mesonero como trofeo, después de haber sorprendido á un convoy que iba á San Sadurní.

V

La joven entró de nuevo así que hubo cesado de salir humo y polvo, y corrió antes que nada á ver si quedaba algún bandido incólume para que no púdiera hacer daño á los ancianos.

Salvando los escombros y ruinas humeantes que obstruían el paso, dirigióse hacia donde había existido antes la cocina, cuyo techo se había desplomado, cayendo allí cuantos muebles había en el cuarto correspondiente del primer piso.

Tremendo espectáculo se ofreció á su vista. Dos de los bandidos tenían la cabeza separada del tronco y los otros tres exhalaban lastimeros gritos, rotos brazos y piernas por los cascos del proyectil y el choque de los pesados muebles y las vigas que se habían venido abajo.

Felisa miró fijamente aquella escena y exclamó:

—Si no lo sabíais por ser extranjeros, ya po-

dréis dar razón ahora de lo que es venganza catalana.

Visto que no había peligro de que pudiesen hacer nada los tres heridos, corrió la joven hacia sus padres, que no habían tenido más novedad que la emoción causada por el estallido, pues el viejo había comprendido por la mirada de su hija que había pensado valerse de aquel medio, si era posible, para deshacerse de los ladrones.

Acto seguido rompió las fuertes ataduras que sujetaban á sus infelices padres y bajaron los tres á contemplar el espectáculo que ofrecían aquellas ruinas.

—Voy á avisar en seguida lo ocurrido,—dijo el hostelero.—Quedaos aquí vosotras y cerraos bien en los cuartos de arriba. Quiero ver al mismo general inglés.

El ventero iba á salir cuando se vió bajar del fuerte á algunos jinetes que iban á reconocer la causa de la formidable explosión que se había oído.

—No son los italianos, sino españoles,—dijo el ventero.

El piquete llegó en esto al hostel del Xipreret.

—Buenos días tengáis,—dijo el sargento que mandaba la fuerza.—¿Qué diablos ha pasado aquí, Antón?

VI

El que había hablado de esta suerte era un joven de Villafranca, que militaba al principio en la partida de Manso y que se había incorporado después á la brigada Torres, de la división de Sarsfield, compuesta casi toda de catalanes.

Desde que se encontraban en Ordal había estado varias veces en el mesón, sin que ninguna necesidad estratégica ni ordenancista motivase tales reconocimientos, no cabiendo otra explicación lógica de semejantes expediciones que la atracción ejercida por los negros ojos de Felisa. Esta, por su parte, parecía agradecer mucho al militar su temerario proceder, y á falta de escogidas frases se lo manifestaba con elocuentes miradas, y si no mienten nuestros informes, con los mejores claveles, pensamientos y ramos de albahaca que florecían en los tiestos colocados en el borde del lavadero. Porque al sargento le gustaba mucho ver como lavaba aquella Nausicaa ordalense, sin duda porque sus brazos

eran torneados y morenos como los de una griega y sacaban una ropa blanca como el ampo de la nieve.

Antón respondió á la pregunta del sargento, diciendo:

—Han venido ladrones y Felisa ha dado cuenta de ellos de la mejor manera que ha podido.

El sargento miró á la joven, cuyo rostro de aterciopelado cutis se encendió con el color de los claveles.

—¿Qué ha sido eso, Felisa?—preguntó.—¡No te creía tan valiente! Sea enhorabuena, por lo tanto.

—Nada más que una bomba que les ha dejado para postres y que ha reventado, matando á dos y dejando descalabrados á los tres restantes,—repuso Antón con cierto orgullo.—Entrad por allí dentro y podréis oirlo de boca de los heridos.

VII

El sargento penetró en las ruinas del hogar y vió el tremendo espectáculo que presentaba todo aquello.

—¡Póvero Gennaro! ¡Póvero Prudenzió!—exclamaba uno de ellos, que no tenía más que un brazo roto.

Los otros se encontraban en el estertor de la agonia y gemían lastimosamente.

—¿Habiais venido á robar aquí?—preguntó el sargento.

—No, no, *mio signore*,—contestó el que hablaba.

—¿Que no habiais venido á eso?—replicó el jefe del pelotón.—¿Pues á qué habiais venido?

—Yo no, *má* sí los otros. Yo no soy *latrone*.

—¿Conque los otros lo eran?

—Sí, *mio signore*. Eran de la banda de *Fra Diavolo*.

—¡Ah! ¿No era ése un bandido italiano?...

—Sí, el que fué muerto por el general Hugo. Un gran *brigante, signore*. Había sido *frate*.

—Y esos que iban con *Fra Diavolo*, ¿quiénes eran?

—Los *morte, signore; Gennaro y Prudenzió*.

—¿No os da vergüenza que semejantes bandoleros figurasen en la valiente legión calabresa?

—Ah, *io non sonno reo, signore. Io sonno un buon fanciullo*.

—¿Conque declaras que esos dos habían venido aquí á robar?

—Sí, mio *signore*, ma non io.

—¿Y los otros dos?

—*Eranno amici, ma non avvevanno stato mai piu briganti.*

—¿Y habían acudido también para robar?

—Yo *creddo* que *Gennaro lui avea parlato d'una fanciulla di qui.*

—¡Ah, bribones!

—*Gennaro non habea voluto que se permetesse alcuno nessuna libertá; la questione era tutta di denaro, di doblone, di onza...*

—Pues ya veis como os salió el tiro por la culata.

—*¡Má sendo due compagni di Frá Diavolo! ¡Cosa incredibile!*

—Al más listo se la pegan; pero ya hemos acabado. Vamos á llevaros ahora á Villafranca y allí os curaréis en el hospital hasta que os peguen cuatro tiros.

—¡Ah! *Non sonno culpabile di niente, mio signore. Sonno un fanciullo apreciato di tutti; demandate á tutto il mondo per Liborio Testaferro é vedrete come sonno un gentil galantuomo.*

—Vamos á sacar á esos tunantes de entre los escombros,—dijo el sargento cuyo nombre era Ramón Cantallops.—El delito está plenamente probado y nadie se atreverá á molestaros para nada. Mucho me duele que esas tropas, que tan brillantemente se condujeron en la acción de Castalla, deban recibir el disgusto de saber lo que han hecho esos desalmados.

Los dos muertos y los tres heridos fueron extraídos de entre los escombros y conducidos los últimos en el carro, mientras que los muertos quedaron allí en tanto se disponían las formalidades de enterramiento.

VIII

El piquete se detuvo algunas horas en el mesón.

Conociase que el sargento Cantallops sabía bien que no había peligro por entonces y que podía permitirse algún retardo en el desempeño de su comisión.

A mayor abundamiento había mandado á cuatro soldados para dar la verdadera explicación del hecho, á la vez que acompañaban á los heridos.

Los ocho hombres que quedaron hicieron un enorme consumo de huevos estrellados, *rosolts* y rosquillas, por no haber á mano cosa de más miga.

Sin embargo, si hubiesen podido penetrar en la parte alta de la casa hubieran visto al sargento dando cuenta de un arroz con pollo, jamón y un salchichón de Vich, amén de otras cosas reservadas para los domingos y fiestas de guardar.

Y hubieran visto también que Felisa sacaba una botella veneranda, llena de polvo y telarañas, y la destapaba mientras Antón pronunciaba estas palabras estupefacientes:

—Esta botella de malvasía de Sitjes es del día que nació mi madre.

Conque calculando que Antón tuviese 60 años, era indudable que la botella debía ser cuando menos del 1740.

—La quiero destapar hoy,—añadió, ya que hoy hemos vuelto á nacer todos.

—Marido, puedes dar las gracias á San Ramón á quien no he dejado de invocar.

—Creo que las gracias podéis darlas á Antón, que le quitó la bomba á Decaén,—replicó Cantallops,—y á Felisa que sabía cómo se pegaba fuego á la espoleta.

—Esa chica ha sido una segunda *Rossa* de Tarragona,—exclamó Antón;—sólo que en vez de matar franceses ha matado brigantes.

En esto empezaron á llenarse los vasos de la preciosa malvasía contemporánea de Fernando VI.

—Hemos de brindar,—dijo Cantallops.

—Brindemos, pues,—repuso Antón.

—Porque dentro de un año sea yo subteniente y Felisa mi mujer.

La chica bajó los ojos ruborizándose, mientras Antón chocaba su vaso con el del sargento.

—Tuya será mi hija,—le dijo. Y bajando la voz, añadió:—¡Y no creas que deje de tener muy buenos patacones!

Por la tarde Cantallops y su gente abandonaron el *hostal del Xipreret* y emprendieron la vuelta del campamento.

Al día siguiente debió volver al mesón para proceder al enterramiento de los dos cadáveres que habían sido dejados bajo un cobertizo, y fueron sepultados en el cementerio de Vallirana.

Toda la comarca quedó consternada al saber las trágicas ocurrencias del *hostal*, y Felisa adqui-

rió proporciones gigantescas, al saberse que había sido capaz de largarles una bomba á los bandoleros.

El general Bentinck se mostró muy disgustado del hecho de los calabreses, cuya división se mostró no menos indignada por la conducta de aquellos cincotunantes que se habían enganchado como volunta-

rios con el propósito de huir de la persecución de que eran objeto los numerosos bandoleros que infestaban en aquella época el reino de Nápoles.

La división calabresa prometió vindicarse de aquel borrón en la próxima batalla, deseando todos llegase cuanto antes la hora de demostrar su valor y disciplina.

